



La *clínica delicada* de los pequeños índices: algunos signos de psicosis ordinaria en la segunda infancia

Sofía Pagano

ID: 175947

Licenciatura en Psicología

Facultad de Humanidades

Universidad de Belgrano

Trabajo de fin de grado

Tutor: Prof. Claudia Moggia

Índice

p. 4. Resumen

p. 6. Introducción y preguntas de investigación

p. 8. Relevancia social y epistemológica

p. 11. Objetivos generales y específicos

p. 12. Antecedentes

p. 12. Introducción

p. 12. La prepsicosis

p. 14. La forclusión del significante del Nombre del Padre

p.17. Fenómenos elementales

p.19. Los fenómenos elementales después del Seminario 3

p.20. Desde el paradigma Schreber al paradigma Joyce

p. 23. Marco Teórico

p. 23. Introducción

p. 23. Las etapas del programa de investigación sobre psicosis ordinaria

p. 24. Las tres externalidades de Miller

p. 26. Los signos de Maleval: el registro de lo real

p. 28. Los signos de Maleval: el registro de lo simbólico

p. 29. Los signos de Maleval: el registro de lo imaginario

p. 32. Los signos de Maleval: el anudamiento de la imagen indeleble y la suplencia del
sinthome

p. 36. Los signos de Miller y Maleval en la literatura y en la casuística sobre la infancia

p. 39. Estado del Arte

p. 39. Introducción

p. 39. Los inclasificables de la clínica psicoanalítica y La psicosis ordinaria

p. 40. Circulación en Argentina de los signos de la psicosis ordinaria

p. 42. Efecto retorno sobre la psicosis ordinaria

p. 44. Coordenadas sobre la psicosis ordinaria

p. 47. Desarrollo Metodológico

p.49. Tablas de los Resultados y Discusión

p. 49. Los signos de Miller en la literatura publicada en Argentina

p. 49. Los signos de Maleval en la literatura publicada en Argentina

p. 51. Discusión sobre los resultados de la búsqueda

p. 52. Limitaciones

p. 54. Caso Clínico

p. 54. Introducción

p. 54. Primera observación en sesión

p. 55. Encuentro de comisión

p. 56. Segunda observación en sesión

p. 58. Lectura del caso según los signos de Miller y Maleval

p. 59. “Son tres”, los hijos de mi padre

p. 63. Conclusiones

p. 64. Referencias

Resumen

El presente trabajo se adentra en la literatura psicoanalítica lacaniana sobre la psicosis ordinaria. La psicosis ordinaria es una psicosis que ha escogido algún recurso diferente a los de una psicosis extraordinaria la cual suele ser poco discreta en sus signos y manifestaciones, como alucinaciones, delirios, desorganización del pensamiento y de la conducta. Los signos más comedidos de este estado, que denota una estructura psicótica difiriendo del desencadenamiento, han empezado a buscarse con el atardecer del segundo milenio y a dejar sus rastros en la literatura de extracción lacaniana. En 2010 se publica en Argentina una intervención de Jaques-Alain Miller que acerca una primera sistematización de signos pensados para la psicosis ordinaria en términos generales y no específicos para la infancia. Del 2020 es la primera edición argentina del volumen de Jean-Claude Maleval que trata de los signos de psicosis ordinaria de forma general, pero haciendo alguna mención a la etapa infantil, principalmente gracias a pacientes adultos cuyo relato permite hipotetizar que tal o cual signo estuviera presente en su niñez. No abundan los relatos que reúnan la condición de referir a la psicosis ordinaria y de describir sus signos recolectados durante esta primera etapa del desarrollo. Sin embargo, la recolección de relatos en su conjunto muestra que es posible rastrear algunos signos en la infancia al mismo tiempo en que las referencias encontradas en la literatura, en su conjunto, sostienen la validez de algunos signos pensados en principio no de forma específica para la infancia. Además, como efecto de la no especificidad de las formulaciones para la infancia y de la recolección de signos a distancia de tiempo, relatados por pacientes en edad adulta, no será posible suministrar una reseña de signos específicos de psicosis ordinaria para la primera infancia en la literatura disponible en Argentina en lengua hispana.

Asimismo, si bien es relevable en alguna medida una circulación de literatura en lengua hispana, en Argentina o en la red, que oriente al clínico en relación a algunos signos de psicosis ordinaria en la segunda infancia, extremadamente escasos son los ejemplos en la casuística que permitan la lectura del signo detrás de manifestaciones clínicas tan poco específicas y en su contexto. Jean-Claude Maleval hablando de personas adultas, con psicosis ordinaria o extraordinaria, refiere a casos en los que "[...] si no presentaron dificultades escolares, la falta de discernimiento de fenómenos elementales más discretos o más subestimados es muy frecuente. Su apatía infantil es cargada a cuenta de la pereza, sus dificultades con el lazo social devienen timidez, su protección agresiva contro el Otro malevolente son calificados de maldad, etcétera." (Maleval, 2020, p. 35). Por otro lado, en Miller (2010) puede leerse que los desencadenamientos en la esquizofrenia y en la niñez suelen adquirir formas más discretas. Una más rica circulación de casuística en relación a los signos de psicosis ordinaria, válidos para la segunda infancia, ofrecería mayores ejemplos de la lectura de ellos en su sutileza y discreción, ejemplos de qué condiciona el juicio del clínico cuando infiere su presencia destacándose en el medio de una sinfonía de fenómenos observables, especialmente cuando estos fenómenos suelen ser no específicos de una

categoría nosológica, sino singulares: “[...] rasgos tan sutiles que desaparecen a la vista general y sólo aparecen en la singularidad de cada caso” (Bassols, 2021).

Por lo tanto, el lector encontrará una recolección de signos, los pensados en términos generales o para la adultez y, entre estos, algunas menciones a la presencia de tal o cual signo en la infancia. Sólo raramente el lector podrá beneficiarse de ejemplos desde la casuística de signos discretos de psicosis ordinaria observables directamente en la infancia.

A conclusión de esta exploración en la literatura publicada en Argentina y en la web en lengua hispana, que reúna las condiciones de referir a la psicosis ordinaria y a sus signos en la infancia, se ofrecerá una posible ejemplificación de las manifestaciones clínicas relativas a tales signos, gracias a la presentación de un caso, recolectado durante la pasantía que se realizó en un hospital público del país.

Introducción y preguntas de investigación

En una conferencia en París del 2008 sobre psicosis ordinaria, Miller (2015a) explica como la necesidad de entablar conversaciones, conversaciones que originarán el término de psicosis ordinaria, nace en principio para englobar al tercer excluido en la clínica psicoanalítica binaria: neurosis/psicosis. Como recuerda Miller en la misma conferencia, por años tales encuentros alrededor de la psicosis ordinaria han convocado profesionales a cargo del tratamiento de pacientes que los dejaban largo tiempo indecisos con respecto al diagnóstico entre neurosis y psicosis. Miller aquí define el concepto de psicosis ordinaria a raíz de lo que se ha intentado captar con ello; se trata de fenómenos que no caen del lado de la neurosis, en cuanto de ella no tienen la consistencia, ni la estabilidad y la repetición. Por lo tanto, los signos clínicos de neurosis están ausentes. Pero tampoco se muestran los síntomas floridos, extraordinarios, de la psicosis manifiesta. Miller define, entonces, la psicosis ordinaria más bien como “una psicosis disimulada” (Miller, 2015a). La labor del clínico, consecuentemente, continúa Miller, es una labor volcada a la búsqueda de “pequeños índices” (Miller, 2015a).

Se puede por lo tanto asumir que el concepto de psicosis ordinaria engloba aquellas estructuras que, a pesar de caer en el ámbito de la psicosis, no presentan aquellas manifestaciones clínicas que la caracterizan. Pero, hay otros índices que pueden observarse, aunque sean sutiles. Maleval (2020) afirma que hay signos discretos en la psicosis y que pueden ser reconocidos ya desde la infancia.

Desde otros ámbitos, hay numerosos estudios sobre la psicosis desencadenada (por ej.: Enríquez-Sánchez y Ochoa-Madrigal, 2019) que afirman que, en su mayoría, las psicosis suelen detonar en la avanzada adolescencia y en la primera adultez y que el desencadenamiento suele tener secuelas y que, por lo tanto, la intervención temprana resulta ser una mejor estrategia preventiva.

Volviendo al marco del psicoanálisis y de lo que deriva de la enseñanza de Lacan a partir del nudo formulado a raíz de la vida y la obra de James Joyce, se puede afirmar que la perspectiva abierta por las psicosis ordinarias, comprendiendo aquellas estructuras no desencadenadas, vuelve fundamental su individuación. Hay signos en la niñez que pueden ser reconocidos como en la adultez. Cuando este reconocimiento necesario en la clínica se vuelve posible, condiciona la intervención en pos de propiciar alternativas a la eclosión. “Para los psicóticos [...] las modalidades de suplencia, propias de cada uno, muestran ser de una gran diversidad. Lo que tienen en común es que permiten instaurar un anudamiento de los elementos de la estructura, pero un anudamiento original, no borromeo.” (Maleval, 2020, pp.51-52).

Desde estas premisas surgen las preguntas de investigación del presente trabajo:

¿Las formulaciones sobre los signos de psicosis ordinaria de Miller y Maleval, signos con valor en relación al diagnóstico estructural, son aplicables a la infancia?

¿Cuáles son las manifestaciones clínicas de estos signos, propias de la infancia, aprehensibles a través de la casuística, la que nos permite leer los signos en su contexto, funcionalidad y singularidad?

La primera hipótesis es que será posible validar los signos de psicosis ordinaria de Miller y Maleval relativamente a la segunda infancia.

La segunda hipótesis es que se encontrará una escasez de casuística relativa a la segunda infancia.

Relevancia social y epistemológica

Con el fin de resumir el impacto de la prevención primaria en materia de psicosis en la salud pública, se mencionará cuanto sostenido por el National Institute of Mental Health (2024): Las psicosis suelen manifestar su fase aguda generalmente en un rango etario que va desde los 15 a los 30 años. La eclosión de las esquizofrenias se daría con mayor frecuencia en la adolescencia y en la primera adultez. El artículo manifiesta que es posible reconocer signos prodrómicos al fin de promover la estabilización antes de la eclosión y hace hincapié en la importancia de evitar los episodios psicóticos en cuanto causa de deterioro en distintos ámbitos y esferas vitales.

También otros autores, (por ej. Pena Garijo y Monfort Escrig, 2020; Enríquez-Sánchez y Ochoa-Madrigal, 2019), ponen de manifiesto que la psicosis es un trastorno mental asociado a una larga serie de secuelas. El desencadenamiento de la psicosis afecta a las personas que la padecen comprometiendo el ámbito familiar, social, laboral y la funcionalidad de las esferas cognitivas cuales la atención, la memoria, las funciones ejecutivas y la afectividad, entre otras. Los episodios psicóticos se relacionan con un deterioro cognitivo y social, provocando daño neuronal y favoreciendo que el trastorno evolucione progresivamente hacia la demencia.

Por estas premisas, la prevención temprana en este campo es de suma importancia, por el impacto que estas afecciones tienen tanto sobre el individuo como en ámbitos sociales, como el ámbito familiar y la salud pública.

Como ya observado, las formulaciones y el estudio de las psicosis ordinarias convocan para pensar en torno a psicosis no desencadenadas o estabilizadas, en cuanto en ellas se disciernen soluciones que contrarrestan derivas hacia la cronicidad que puede observarse en los casos menos felices. Poder identificar y aislar los signos que permitan reconocer a los pacientes con potencialidad -tanto para el “reanudamiento” hacia una estabilización cuanto para la desestabilización- psicótica, sin manifestar los signos patognomónicos de las psicosis manifiestas, resulta de gran utilidad para el diagnóstico y la intervención temprana.

Asimismo, desde el mismo marco teórico del psicoanálisis lacaniano, se establece la importancia de las “entrevistas preliminares”, (Miller, 2006, p. 21) una serie de encuentros previos durante los cuales al terapeuta se le posibilite arribar al diagnóstico estructural. También Roberto Mazzuca (2013) señala que la distinción entre neurosis y psicosis resulta fundamental en el psicoanálisis, condicionando las intervenciones y el abordaje terapéuticos, al mismo tiempo en que Maleval, en su estudio sobre la psicosis ordinaria, afirma que “el discernimiento de la estructura condiciona de manera decisiva la dirección de la cura” (Maleval, 2020 p.19). Por su lado, Miller (2015) observa como en la enseñanza de Lacan la psicosis es concebida, en un primer momento, bajo el paradigma de la forclusión del significante del Nombre del Padre, luego se enriquece con la perspectiva borromea. El primer paradigma daría cuenta del desencadenamiento

psicótico, mientras que con el segundo sería posible dar cuenta de desestabilizaciones más discretas, “desenganches” en lugar del desencadenamiento, ya que cualquiera de los tres registros puede funcionar para anudar los otros; es una ampliación grávida de consecuencias:

“Nos parece más fácil, gracias a estas herramientas, dar cuenta de numerosos casos clínicos, y de sus posibilidades de tratamiento, preguntándonos qué mantiene juntos los tres registros R, S e I de la estructura, o qué podría mantenerlos juntos, que orientándonos solamente por la forclusión. De un modo empírico, lo que orienta la clínica puede consistir en localizar eso que en un determinado momento para un sujeto se ‘desengancha’ en relación con el Otro. Esta localización aclara, retroactivamente, el elemento que hacía de ‘enganche’ para ese sujeto, y permite dirigir la cura en el sentido de un eventual ‘reenganche’. Esta noción estrictamente empírica puede entonces revelarse operativa para la dirección de la cura” (Miller, 2020, p. 18).

Reconocer los signos de una la psicosis ordinaria es, por lo tanto, de suma importancia para el clínico, en cuanto ello incide desde el primer momento sobre las intervenciones específicas del profesional con el paciente: “Nos vemos llevados entonces a poner en tela de juicio la posición de secretario del alienado, en beneficio del sostén de la creación respecto del objeto y, por otra parte, de la escritura del caso” (Miller, 2020, p.63).

Sin embargo, pocos son los estudios sobre la relación entre psicosis ordinaria y sus manifestaciones en la infancia, como subraya Mauricio Beltran en un congreso de psicología de la Universidad de Buenos Aires: “Se ha dicho y se dice mucho sobre la psicosis ordinaria, pero poco se ha indagado sobre la psicosis ordinaria en la infancia” (2018). La intervención de Beltran se coloca temporalmente con posterioridad a la formalización por Miller de los signos de psicosis ordinaria no específicos para la infancia. Entonces Beltran recorre aquí las presentaciones clínicas que caracterizan la niñez de hoy en día y ofrece una panorámica de manifestaciones no patognomónicas con respecto a la psicosis ordinaria, sustancialmente comunes, cuales retraimiento, enojos, tristeza, hiperactividad. El autor afirma que dependerá de la lectura del clínico establecer si estas manifestaciones pueden adscribirse a los signos clínicos relativos a las tres externalidades formuladas por Miller. Agrega que para la lectura del signo es relevante discernir la función del mismo.

Los signos de los que habla Miller convocan al clínico a una intelección atenta y sutil. Esta intelección sólo es posible en el contexto del caso, ya que la fenomenología, así como aprendemos por Beltran (2018), se caracteriza por su inespecificidad y por hacer proliferar diagnósticos errantes, cuales autismo o trastornos relacionados a la hiperactividad.

Sin embargo, Maleval (2020) emprende una ulterior clasificación de los signos de psicosis ordinaria. Aunque estos signos no sean específicos para la infancia, le dedica una cierta atención a esta fase del desarrollo y pone de manifiesto que la estructura psicótica puede ser discernible en la niñez; por su discreción, esos signos pasan desapercibidos y suelen ser reconocidos sólo con posterioridad, cuando el sujeto se presenta frente al clínico en edad adulta o frente a problemas mayores. Además, el autor sostiene la importancia de considerar estos signos en conjunto y en el contexto del cuadro clínico, ya que, lo repite a menudo, un sólo signo no es revelador y es necesaria una convergencia de ellos.

El presente estudio, al proponerse identificar en la literatura psicoanalítica en Argentina aquellos signos discretos pasibles de ser reconocidos ya desde la infancia, encuentra una escasez de testimonios que ejemplifiquen por medio de viñetas extrapolada de la clínica la labor de reordenamiento y de lectura del signo clínico en su contexto; la gran mayoría de los signos, aquí hallados, son recolectados a distancia de tiempo, siendo el paciente ya adulto. Estos testimonios muy valiosos, fragmentos hallados recorriendo distintas publicaciones, dejan en evidencia la necesidad de mayores aportes que reúnan y amplíen el conocimiento disponible. Se espera que el abordaje tan prometedor de la psicosis ordinaria repercuta con todo su potencial en la producción de textos que articulen la teoría con la casuística, aportando nuevo conocimiento con respecto al rango etario tomado en examen.

Objetivos generales y específicos

Los objetivos que siguen refieren y se limitan exclusivamente a la literatura y la casuística halladas en lengua hispana, publicadas en Argentina o en la WEB.

Objetivos generales:

- Identificar los signos de la psicosis ordinaria en la infancia en la literatura.
- Describir las presentaciones clínicas de los signos de psicosis ordinaria en la infancia a través de la casuística.

Objetivos específicos:

En relación con el primer objetivo general inherente a los signos de psicosis ordinaria teorizados por Miller y Maleval, se propone aquí distinguir aquellos válidos para la primera y segunda infancia por su mención en la literatura o/y su ejemplificación en la casuística. Por lo tanto, se formulan los siguientes objetivos específicos:

- Hallar en la literatura clínica de la primera infancia menciones a los signos de Miller.
- Hallar en la literatura clínica de la segunda infancia menciones a los signos de Miller.
- Hallar en la literatura clínica de la primera infancia menciones a los signos de Maleval.
- Hallar en la literatura clínica de la segunda infancia menciones a los signos de Maleval.

En relación con el segundo objetivo general, se formulan los siguientes objetivos específicos:

- Ilustrar las manifestaciones clínicas de los signos de psicosis ordinaria en la primera infancia a través de la casuística hallada.
- Ilustrar las manifestaciones clínicas de los signos de psicosis ordinaria en la segunda infancia a través de la casuística hallada.
- Describir algunas presentaciones clínicas de los signos de psicosis ordinaria en la segunda infancia por el aporte de una viñeta clínica original.

Antecedentes

Introducción

En esta sección se hará referencia brevemente a algunos antecedentes para pensar la psicosis ordinaria. En principio, se hará mención al concepto de prepsicosis, que implica una psicosis fuera del desencadenamiento. En segundo lugar, se abordará la forclusión del significante del Nombre del Padre, la cual no deja de ser característica de la psicosis desencadenada cuanto de la sinthomada. Finalmente, Se terminará presentando los fenómenos elementales, signos que anuncian la psicosis, en un primer momento, luego precursores de los signos discretos de psicosis que abren la doble perspectiva, la de leer el desenganche, pero también la de propiciar un nuevo enganche. A su vez, se mencionará el pasaje desde una primacía de lo simbólico, en la enseñanza de Lacan, a una equivalencia de los tres registros y se mencionará el pasaje desde la clínica de la estructura a la topología del nudo. Finalmente, se hará mención al nudo Joyce,- luego mejor desarrollado cuando se haga referencia a los signos de Maleval, donde la forclusión del cuarto término que anuda es remediada con un anudamiento singular, si bien no borromeo.

La prepsicosis

Lacan (1955-1956/2021b) habla de una fase en la que, antes de la aparición en Schreber del fantasma rezando que sería hermoso ser una mujer padeciendo el coito, se lo puede suponer “aparentemente sano” (Lacan, 1955-1956/2021b, p.94). La fase prepsicótica Lacan la aborda preguntándose por su límite con respecto al momento de eclosión del delirio. Para caracterizar lo anterior a la eclosión relata un caso de Katan, se trata de un púber, que “intenta conquistar la tipificación de la actitud viril [...] mediante una identificación, un enganche, siguiendo los pasos de uno de sus camaradas” (Lacan, 1955-1956/2021b, p.274). Lacan refiere al mecanismo *como si*, identificado por Helene Deutsch, del que, dice, que es una dimensión inherente a la sintomatología esquizofrénica. “Es un mecanismo de compensación imaginario -verificarán la utilidad de la distinción de los tres registros-, compensación imaginaria del Edipo ausente, que le hubiera dado la virilidad bajo la forma, no de la imagen paterna, sino del significante, del *nombre- del -padre*” (Lacan, 1955-1956/2021b, p. 275). Lacan identifica el momento límite del período prepsicótico diciendo que el comienzo del delirio hay que ubicarlo cuando el sujeto está en relación con una iniciativa que viene siempre del Otro. Es lo que declara Schreber, dice Lacan, escribiendo, en sus Memorias,- y mostrándose así como lector de Kraepelin- que él no es un paranoico, siendo éste alguien quien refiere todo a su persona; “pero yo, dice, soy completamente diferente, es el Otro quien relaciona todo conmigo” (Lacan, 1955-1956/2021b, p. 195). Pero hay un momento anterior, que no se caracteriza por lo mismo.

Por lo tanto, vemos en Lacan reconocer un período, el prepsicótico, que se distingue en primer lugar por la ausencia de delirio, la coerción que viene del Otro. En cambio, a través del referimiento a Deutsch y al caso de Katan, Lacan muestra la presencia, en el mismo periodo, anterior al desencadenamiento, de un mecanismo de compensación imaginario, un intento de reparación de lo que falta en lo simbólico; el nombre-del-padre no aparece de forma simbólica, lo que interfiere con la identificación viril. A tal propósito, Lacan, en relación al caso de Katan, refiere a la función del padre en el Edipo, fundamental, en cuanto “condiciona el acceso del hijo al tipo de la virilidad”. Cuando, para el sujeto, hay “imposibilidad de asumir la realización del significante padre a nivel simbólico”, a su alcance no le queda más que la imagen del padre. “Es una imagen que no se inscribe en ninguna dialéctica triangular, pero, cuya función de modelo, de alienación especular, le da pese a todo al sujeto un punto de enganche, y le permite aprehenderse en el plano imaginario” (Lacan, 1955-1956/2021b, p. 291).

Es aquí donde puede verse como Lacan, en relación al registro de lo simbólico, en su articulación con la psicosis, da cuenta de una falta relativa al significante del nombre-del-padre, falta que, si bien puede ser compensada, tal compensación por el registro imaginario, no tiene el alcance simbólico de la función paterna. En cuanto a la manera de habitar lo simbólico cuando falta el nombre-del-padre, de hecho, Lacan afirma “la exterioridad del psicótico respecto al conjunto del aparato del lenguaje”, al cual puede adherirse solo por una imitación exterior. El psicótico, según Lacan, no entra nunca realmente “en el juego de los significantes” (Lacan, 1955-1956/2021b, p. 360).

Así que se puede calificar a lo prepsicótico, como ya observado, como un periodo en el que no se presenta el delirio y lo imaginario puede compensar, aunque no del todo, la falta del significante del nombre-del-padre: “Así es cómo la situación puede sucederse largo tiempo; cómo los psicóticos viven compensados, tienen aparentemente comportamientos ordinarios [...]” (Lacan, 1955-1956/2021b, p. 292). Pero, más allá del remedio de las identificaciones imaginarias, que le permiten al psicótico transitar por la vida sin que haya un desencadenamiento, en la función simbólica persiste una falla. El significante en falta, si por un lado atenta contra el logro de la identificación simbólica, por el otro le confiere al sujeto una dimensión de extrañeza con respecto al significante.

Sin embargo, el término de prepsicosis, con su sentido de fase precursora con respecto al desencadenamiento, no será vuelto a usar por Lacan luego del Seminario 3 (Maleval, 2020). Pero, algunas de sus caracterizaciones se encuentran en continuidad con las teorizaciones sobre la psicosis ordinaria. En primer lugar, la fase prepsicótica abre la pregunta por lo que mantiene la estructura fuera del desencadenamiento; luego, muestra una compensación posible difiriendo el desencadenamiento, una compensación por el registro imaginario; finalmente, afirma la falta del significante del nombre-del-padre, que acomuna la psicosis manifiesta y la ordinaria. De todos modos, la psicosis ordinaria se distingue de ella, pero, “no debe diferir de la psicosis clínica más

que por la discreción de sus manifestaciones y por su modos de estabilización” (Maleval, 2020, p. 25).

La forclusión del significante del Nombre del Padre

La falla estructural de la psicosis, la que, se dijo, persiste y caracteriza la estructura psicótica, es lo que le permite a Lacan, en el Seminario 3 (Lacan, 1955-1956/2021b), repetir que no se vuelve psicótico quien quiere, debe haber alguna condición de estructura. Tal condición es “el rechazo,[...] la expulsión, de un significante primordial a las tinieblas exteriores, significante que a partir de entonces faltará en ese nivel.” (Lacan, 1955-1956/2021b, p.217). Es el mecanismo de la Verwerfung, que será traducido en este mismo seminario con el término de forclusión. Es la forclusión de un significante primordial, lo que es puesto por Lacan en el núcleo de la psicosis.

Lacan presenta una analogía con la imagen del taburete que se sostiene sobre tres pies, no tiene un cuarto. Puede sostenerse así por largo tiempo, pero si se sostiene solo con tres pies, dice, no le puede faltar ninguno (Lacan, 1955-1956/2021b). Se ofrece aquí pensar el taburete con tres pies, como la estructura psicótica, donde se encuentra forcluido el nombre-del-padre. Lacan afirma que, frente a determinadas encrucijadas de la vida, si el sujeto es confrontado con este defecto, el taburete no se sostiene más.

En relación con lo simbólico operando, Lacan refiere a menudo al Edipo freudiano aportando su lectura. A tal propósito, es interesante relevar su escritura del padre en el triángulo freudiano: “lo que está ahí en juego no es el triángulo padre-madre-hijo, sino un triángulo (padre)-falo-madre-hijo. ¿Dónde está el padre ahí dentro? Está en el anillo que permite que todo se mantenga unido” (Lacan, 1955-1956/2021b, p. 454)

Si bien Lacan reconozca la función unificadora de la imagen especular, sin embargo afirma también que en el ser humano el comportamiento excluye que lo imaginario sea la única referencia, por ser el humano atravesado por el lenguaje. El mundo imaginario no alcanza para explicar el comportamiento humano “[...] la ambigüedad, la hiancia de la relación imaginaria exige algo que mantenga relación, función y distancia. En el sentido mismo del complejo de Edipo.” (Lacan, 1955-1956/2021b, p. 139). Lacan refiere entonces al complejo de Edipo como a lo que permite salir de la relación imaginaria “conflictual, incestuosa en sí misma, [...] prometida al conflicto y a la ruina.” (Lacan, 1955-1956/2021b, p. 139). Sostiene que, hasta en la relación más natural, la del macho con la hembra, para que haya armonía es necesario que intervenga un tercero, y eso “[...] no es decir suficiente: hace falta una ley, una cadena, un orden simbólico, la intervención del orden de la palabra, es decir, del padre. [...] El orden que impide la colisión y el estallido [...] está fundado en la existencia de ese nombre del padre.” Este orden debe, por lo tanto, considerarse superpuesto al orden

imaginario, y si hay “vida animal posible” para el ser humano, es gracias al orden simbólico (Lacan, 1955-1956/2021b, p. 139). Lacan dice que el complejo de Edipo no es otra cosa que la introducción del significante. En cambio, el mundo imaginario se relaciona con la hostilidad y agresividad, con la proyección y con el transactivismo, lo “que hace que el niño que le ha pegado a un semejante diga, sin mentir: *Él me pegó*” (Lacan, 1955-1956/2021b, p. 211)

Ya en su texto sobre estadio del espejo (Lacan, 2020) Lacan había tratado las identificaciones, inmortalizando al cachorro humano durante la experiencia de fijar “un aspecto instantáneo” de la imagen especular resultante en un “jubiloso ajetreo”. Lacan dice que hay que considerar este estadio “*como una identificación [...]: la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen*” predestinada a generar dicha transformación (Lacan, 2020, p. 100). Lacan refiere a la identificación del yo ideal cual “matriz simbólica en la que el yo se precipita en una forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro y antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su función de sujeto” (Lacan, 2020, p. 100). O sea, hay algo “como una identificación”, sin embargo la captura instantánea de la imagen del yo ideal conserva algo todavía primitivo, con respecto a un sujeto que adviene en el campo del lenguaje; se trata de un yo anterior a “su determinación social, en una línea de ficción, irreductible para siempre al individuo solo; [...]” Vemos aquí una identificación no subsumible a las identificaciones de orden simbólico, que sin embargo constituye “el tronco de las identificaciones secundarias, cuya función de normalización libidinal reconocemos bajo ese término” (Lacan, 2020, p. 100). Además vemos aparecer la idea que es, entonces, lo simbólico lo que aporta un equilibrio en lo libidinal. Si bien lo libidinal todavía no pertenezca aquí al registro de lo real, sino de lo imaginario (Miller, 2000).

Soria (2020a) identifica una primera fase donde Lacan, después de la importancia otorgada a lo imaginario, le inserta lo simbólico.

En El Seminario 1 (Lacan, 1953-1954/2021a), cuando Lacan retoma los desarrollos en torno al estadio del espejo y los enriquece con el aporte de un esquema óptico y la experiencia del ramillete invertido, lo simbólico aparece como pre condición para que lo imaginario y lo real se enlacen. Insiste sobre la toma de conciencia del cuerpo “como totalidad” y sobre un “dominio psicológico” como efectos del estadio del espejo, dominios que la real maduración motora no ha todavía realmente alcanzado (Lacan, 1953-1954/2021a, p.128). “La imagen del cuerpo es como el florero imaginario que contiene el ramillete de flores real. Así es como podemos representarnos, antes del nacimiento del yo y su surgimiento, al sujeto.” (Lacan, 1953-1954/2021a, p.128). O sea que aquí se reitera la observación de una instancia previa al surgimiento del sujeto. Pero, al mismo tiempo, Lacan afirma que sólo la instancia simbólica y no otra puede permitir o no que ramillete (lo pulsional, el contenido) y florero (la imagen del cuerpo) estén en el mismo sitio; se precisa, para que esta ilusión se produzca, que el ojo esté en la posición correcta: significando con el ojo al sujeto mismo, en su vinculación con lo simbólico. Más

adelante Lacan retoma, en una observación “al margen” del caso Dick, la función del ego ideal, de orden dual, en oposición con el “superyó auténtico”, o sea “una introyección secundaria respecto a la función del ego ideal”. (Lacan, 1953-1954/2021a, p. 133) Esto, luego de haber aclarado que la proyección, no tiene como correlato la introyección, en cuanto esta última supone una intervención de lo simbólico, “la introyección es siempre introyección de la palabra del otro [...]” (Lacan, 1953-1954/2021a, p. 133).

Si a la primera fase del Edipo le corresponde la identificación imaginaria alienante, el declinar del complejo de Edipo está vinculado con la identificación simbólica (Lacan, 1957-1958/2022b). Es gracias a lo que es comúnmente conocido como superyó, dice Lacan, que el significante, que no quiere decir nada por sí solo, “es capaz de dar en cualquier momento significaciones diversas.” (1955-1956/2021b, p. 271).

En tal sentido, encontramos en el Seminario 3 otra referencia a la noción freudiana del padre: el punto de almohadillado. Lacan sostiene que en cualquier texto, de cualquier naturaleza,, se puede, a través del punto de almohadillado, aprehender la significación, en el medio del artificio del juego significante. El punto de almohadillado representa la aguja que, entrando y saliendo del colchón, fija con un solo hilo, el significante al significado, “entre la masa siempre flotante de las significaciones” (Lacan, 1955-1956/2021b, p.382). Alrededor del significante que opera como punto de almohadillado se organiza y converge el discurso; esta también es una función del padre. En el Seminario 5 Lacan refiere de forma análoga al punto de capitonado.

En el mismo Seminario 5 (Lacan, 1957-1958/2022b), Lacan define la metáfora paterna como una sustitución significativa, la operación que permite sustituir el significante Nombre del Padre, -la mediación del símbolo-, al significante Deseo de la Madre, -el desorden imaginario. En este mismo seminario aparece, en el triángulo edípico, nuevamente el padre como cuarto elemento, y aparece el falo, aquí visto como lo que circula en el complejo. Lacan dirá que el resultado de la metáfora paterna es la adquisición del falo por vía metafórica y que el falo se vincula con el sentido. Miller (2015a) dirá, a la luz de los desarrollos del Nombre del Padre en la obra de Lacan, que el padre es un signo positivo, un más, con un correlato importante, un signo negativo, un menos en relación al goce. El Nombre del Padre se vincula por lo tanto con una sustracción que involucra la libido, lo pulsional, la renuncia. Miller (2015a) sostiene que el correlato del Nombre del Padre en lo simbólico es la dimensión del falo en lo imaginario. La dimensión del falo, relacionada entonces con la mengua de goce y con el sentido.

Miller (2015a) reconoce en lo imaginario el elemento común entre neurosis y psicosis, en las fases tempranas del desarrollo, sin embargo sostiene que la forclusión y la represión marcan caminos distintos desde ahora en adelante. Lacan, a propósito de la forclusión, a propósito del rehusarse del sujeto con respecto al acceso “a su mundo simbólico”, dirá que, en relación a la castración, el sujeto “nada quiere saber de ella,

Freud lo dice textualmente, *en el sentido de lo reprimido*” (Lacan, 1955-1956/2021b, p.24)

Como se dijo, Lacan (1955-1956/2021b) aborda la psicosis a partir de la relación del sujeto psicótico con el significante, que no es la misma en la neurosis. Si lo reprimido y su retorno son una sola cosa en la neurosis, en cuanto lo uno supone lo otro, en la psicosis lo no integrado en el yo no vuelve en lo simbólico, sino que reaparece en lo real; es una distinción importante que Lacan retoma desde Freud en este seminario. A través de la referencia al aparato psíquico freudiano, Lacan establece para la neurosis la represión de la cadena inconsciente, mientras que, a propósito de la psicosis, dirá que lo inconsciente aparece al descubierto, que lo forcluido, lo no integrado, no se manifiesta por lo tanto con el retorno de lo reprimido, sino que aparece en lo real y que aparece con el carácter de la extrañeza. Hay que leer lo que retorna desde lo real, no como lo que vuelve en la percepción de la realidad, sino como lo que aparece fuera de la cadena significativa (Soler, 2016). Lacan sostiene que en la psicosis nos encontramos frente a “la aparición de un puro significante” (Lacan, 1955-1956/2021b, p.284); es el resultado, a nivel del Edipo, o sea del mismo significante, de una forclusión, que determina un agujero en lo simbólico. Esto ocurre porque, “ [...] en la psicosis el significante está en causa, y como el significante nunca está solo, [...] la falta de un significante lleva necesariamente al sujeto a poner en tela de juicio el conjunto del significante.” (Lacan, 1955-1956/2021b, p.289).

Resumiendo, la forclusión del significante del nombre del padre se vincula con el transitivismo, la indiscriminación y la hostilidad imaginaria, con la falla de la identificación simbólica, con el retorno desde lo real de lo forcluido, con la falta del falo imaginario vinculado con el sentido y la regulación de lo pulsional, con la falta del punto de capitonado y con un extrañamiento con respecto al significante.

Lacan hará rodar alrededor de la relación particular del psicótico con el significante lo elemental, lo estructurante en la psicosis.

Fenómenos Elementales

Lacan habla de los fenómenos elementales en su tesis doctoral y los distingue, mencionando “alucinaciones, interpretaciones, ilusiones de la memoria, trastornos de la percepción, ‘postulados’ pasionales, y estados oníroides.” (Maleval, 2020, p.25) Luego de la presentación de los fenómenos elementales por Lacan, tanto en su tesis como en el Seminario 3, la captación de los mismos por los clínicos será considerada como lo que anuncia la psicosis (Maleval, 2020). Cuando los fenómenos elementales son retomados en el seminario sobre las psicosis, ya no se trata de lo que los distingue, sino, en especial modo, de la distinción de algo estructural, común a todos.

Aquí (Lacan, 1955-1956/2021b), entre los homenajes de Lacan a su maestro Clérambault, se encuentra el reconocimiento de haberle atribuido a los fenómenos elementales un carácter que es fundamental, el anideísmo, significando con eso todo lo que no sea comprensible, deducible por una sucesión de ideas. Para Lacan el fenómeno elemental es esencial en la estructura psicótica, en cuanto reproduce la misma estructura en una distinta escala. Lacan subraya como, en la deducción delirante del sujeto, o de su percepción, o de su discurso, lo importante no es que sea o no comprensible, “lo que es sumamente llamativo es que es inaccesible, inerte, estancado en relación a toda dialéctica” (Lacan, 1955-1956/2021b, p.37). Lacan señala que habrá una repetición del susodicho punto de inercia en cuestión, pero lo que importa no es la significación, volviendo ésta bajo la forma de una interrogación desde el exterior sin respuesta posible. Se puede ver el sentido que Lacan le da a la certeza en el fenómeno elemental, cuando afirma que el sujeto puede admitir que los fenómenos que lo perturban están en un orden distinto a los de la realidad, pero sin embargo expresa la certeza de que tales fenómenos le conciernen. Lacan sostiene que, mientras en la neurosis el sujeto habita el lenguaje y toma en él la palabra -aún sin saberlo del todo- en la psicosis el sujeto es habitado por él; “[...] todo, desde el comienzo hasta el final, tiene que ver con determinada relación con ese lenguaje promovido de golpe a primer plano de la escena que habla por sí solo, en voz alta tanto en su sonido y furia, como en su neutralidad [...]” (Lacan, 1955-1956/2021b, p.358). En relación al carácter anideico del fenómeno elemental, como subrayado a través de Clérambault, Lacan insiste; es algo “ideicamente neutro” que no está en concordancia con los afectos del sujeto, lo que quiere decir “que es estructural”. Lacan sostiene que lo específico de la relación del psicótico con el significante consiste en estar en relación con “su aspecto más formal, [...] su aspecto de puro significante”: lo afectivo ligado a tal aspecto, no sería por lo tanto que una reacción al fenómeno primero, constituido por una relación de exterioridad “respecto al conjunto del aparato del lenguaje” al cual el psicótico permanece extraño (Lacan, 1955-1956/2021b, p.358).

A tal propósito resulta ilustrativo cuanto dicho por Lacan sobre el fenómeno del neologismo en la psicosis. Es un ejemplo que puede ser tomado en cuanto, como se dijo, hay según Lacan una misma forma estructurante a la base de los fenómenos elementales. Lacan afirma que, mientras la significación remite siempre a otra significación, eso no pasa con el neologismo, donde la significación remite a sí misma en cuanto tal. Lacan identifica en Schreber dos formas de neologismo que deben considerarse la una el opuesto de la otra. La intuición delirante, es la primera forma, la cual revela al sujeto una nueva perspectiva con “un carácter inundante” que lo colma. En cambio, la fórmula refiere a una repetición estereotipada, a una significación que no remite a nada. “Ambas formas, la más plena y la más vacía, detienen la significación, son una especie de plomada en la red del discurso” (Lacan, 1955-1956/2021b, p. 50). Lacan afirma que es esta especial economía del discurso, este ordenamiento y esta relación con la significación lo estructurante en el delirio y en el neologismo.

Los fenómenos elementales después del Seminario 3

En su "Introducción al método psicoanalítico" (Miller, 2006), Miller establece la importancia de la búsqueda de los fenómenos elementales en la fase preliminar del tratamiento psicoanalítico. "Los fenómenos elementales son fenómenos psicóticos que pueden existir antes del delirio, antes del desencadenamiento de una psicosis." (Miller, 2006, p. 23). Miller también afirma que estos fenómenos, verdadera "firma clínica" (Miller, 2006, p. 24) de la estructura psicótica, pueden no estar presentes en la actualidad y habrá, por lo tanto, que buscarlos en el pasado del paciente. Hay que destacar que, lo que Miller asocia a la posible presencia de fenómenos elementales, es la prepsicosis. El texto es anterior a las investigaciones sobre la psicosis ordinaria. Miller resume los fenómenos elementales en tres categorías. En primer lugar está el fenómeno del automatismo mental. Refiere con eso a fenómenos muy evidentes, como la "irrupción de voces, del discurso de otros, en la más íntima esfera psíquica." (Miller, 2006, p. 24). Los segundos, son los fenómenos que conciernen al cuerpo, "fenómenos de descomposición, de despedazamiento, separación, de extrañeza, con relación al propio cuerpo" (Miller, 2006, p.24). Estos fenómenos incluyen además, una distorsión en la percepción del tiempo y del espacio. Finalmente encontramos los fenómenos que conciernen al sentido y a la verdad, que se relacionan con experiencias inefables, o de certeza, o con la significación personal. Es dónde la significación se mantiene incógnita, pero el paciente relata que eso le concierne.

El concepto de fenómeno elemental, como observa Maleval (2020), luego del Seminario 3, no será nunca más retomado por Lacan. Además, sostiene el autor, entre su primera aparición y el seminario sobre las psicosis, este concepto atraviesa una ampliación; el delirio en el Seminario 3 es asimilado al fenómeno elemental, pero eso también parece determinar que el fenómeno elemental pierda su especificidad. Maleval (2020) observa también que, a lo largo de la enseñanza de Lacan, el fenómeno elemental puede verse sustituido por el de la experiencia enigmática. Sin embargo, este autor sostiene que el concepto tiene una cierta tradición en el Campo Freudiano y que los estudios sobre la psicosis ordinaria le han aportado sutileza. Lo esencial del fenómeno elemental, sigue Maleval, es su relación con el S1 solo, o sea con la aparición del significante fuera de la cadena. Tal manifestación suele presentarse con un aspecto enigmático al cual el sujeto reacciona con el fenómeno de la perplejidad. Maleval recuerda cómo, al final de los años noventa, el fenómeno elemental se enriquezca gracias a un nuevo concepto, el del desenganche. El desenganche daría cuenta, en relación a la forclusión del Nombre del Padre, de manifestaciones más discretas, no vinculadas necesariamente a la psicosis clínica. Podemos entender, en este mismo texto, que el desenganche refiere a uno de los tres registros lacanianos, a su soltamiento. Sin embargo, afirma Maleval, desenganche y fenómeno elemental no son sinónimos, en cuanto Miller los distingue; "el abandono del cuerpo" es también para él un

desenganche, pero no se relaciona con la cadena rota, por lo tanto representa una ampliación en lo designado como fenómeno elemental.

Finalmente se concluirá diciendo que Maleval (2020) destaca la diferencia entre fenómeno elemental y signos discretos de psicosis. El fenómeno elemental se relaciona con la queja y la sorpresa del paciente, en cambio los signos discretos el sujeto los asume. En segundo lugar, los signos refieren no solamente a la falla, sino a la forma de compensación. Por lo tanto, sostiene Maleval, el de la psicosis debe ser un abordaje bífido, que incluye desenganche y compensación. Hasta afirma que los mecanismos de compensación pueden llegar a suprimir los fenómenos elementales. De aquí, dice, el viraje de la clínica respecto a la perspectiva abierta por los fenómenos elementales; ya no se trata de detectar lo que anuncia la eclosión, sino de orientar la clínica por el punto de desenganche, en pos de establecer un nuevo enganche.

Desde el paradigma Schreber al paradigma Joyce

Soria (Soria, 2020a) afirma que, a la altura del Seminario 3, la conceptualización de la psicosis rueda alrededor del déficit edípico, relacionado con la forclusión del Nombre del Padre y del falo. La autora establece tiempos distintos, en los desarrollos lacanianos, que tienen consecuencias sobre las conceptualizaciones relativas a la psicosis. Según la diacronía planteada por esta autora, hasta el Seminario 3 incluido, el interés de Lacan se centra en lo imaginario y hay un movimiento que va desde lo imaginario a lo simbólico. Le sigue un tiempo hasta el Seminario 10 donde su interés se centra en los efectos del lenguaje sobre lo imaginario. En un tercer momento, que se extiende hasta el Seminario 20, aparece el objeto *a* como resto real de la constitución del sujeto. Finalmente un período que empieza a la altura del Seminario 18, donde lo simbólico pierde en parte su supremacía, entonces Lacan se interesa en el estudio de lo real y se puede hablar de una equivalencia entre los tres registros.

Con relación a nuestros fines, es importante relevar como, a la altura de las conceptualizaciones sobre la psicosis del Seminario 3, -lo que Soria denomina el paradigma Schreber-, la autora refiere a una “concepción deficitaria de la psicosis”. En cuanto “Lacan piensa que al psicótico le falta el Nombre del Padre, un significante fundamental, el significante que ordena el conjunto de los significantes, el significante que garantiza la cadena simbólica como ley del Otro, que por ello es el significante que garantiza la salida del infierno imaginario, especular, incestuoso.” (Soria, 2020a, p. 24). Soria va a decir que, mientras el significante siempre es oposicional, el Nombre del Padre es un S1 sin un S2. Además, “el Nombre del Padre es el significante del significante, y el falo es el significante de la significación.” (Soria, 2020a, p. 26). Lo que Soria va a resaltar es que el Nombre del Padre, relativo a la formulación de la metáfora paterna, es una construcción simbólica, mejor dicho, simbólico imaginaria por su relación

con el falo; para llegar al paradigma Joyce, serán necesarios unos cuantos pasos que pongan en juego el tercer registro, el de lo real.

“Resumamos: Lo imaginario, es el cuerpo; lo simbólico, son las palabras que se dicen; lo real, son los efectos que tiene el goce en el cuerpo, los acontecimientos que atraviesan este cuerpo que está tomado en una sustancia gozante”. (Laurent, 2007)

Soria, en su recorrido hacia lo real en Lacan, nos acerca al objeto *a*, a las formulaciones sobre la división subjetiva y el fantasma, al discurso del amo; discurso particularmente relevante para nuestros fines, en cuanto Soria va a decir que el S1, el significante amo operando en el discurso, es el mismo Nombre del Padre, el mismo significante primordial. Soria ve en el discurso del amo una reformulación del Edipo freudiano, necesaria para dar cuenta del tercer registro. “El Nombre del Padre como carretera principal, aquella que ordena a todos los significantes a su alrededor [...], instala el discurso del amo, ya que permite que las cosas marchen [...]. También podemos decir que el discurso del amo es, como dice Lacan, el discurso del inconsciente” (Soria, 2020a, p.43).

Como se dijo, Soria releva la presencia en el paradigma Schreber solo de dos registros y a tal propósito afirma que, faltando el registro real, la concepción de la estructura psicótica resulta limitada. Esto se relaciona con la única posibilidad de compensar el Edipo, a esta altura de las formulaciones, con una identificación imaginaria. Además, sostiene Soria, el concepto de prepsicosis anuncia en sí mismo el desencadenamiento. Finalmente, la solución al desencadenamiento se reduce a la producción de una metáfora delirante, en lugar de la paterna. Y la solución delirante, resulta, siguiendo a la autora, extremadamente lábil.

También Mario Goldenberg (2019) ofrece una diacronía, en las formulaciones lacanianas, que resulta aquí pertinente. Refiere a que, con el pasaje desde la estructura a la topología, se pasa de escribir el sujeto barrado, representando un significante para otro, “a ubicar el anudamiento en real, simbólico e imaginario como nudo borromeo o -más adelante- como real, simbólico e imaginario y un cuarto término que es el sinthome” (Goldenberg, 2019, p. 96). Goldenberg observa un primer movimiento de Lacan en el que introduce los tres registros y luego el Nombre del Padre. En los años setenta llama a los tres registros nombres del padre, en su función de nombrar. Luego, vuelve a aparecer el cuarto término, el sinthome que los anuda, y se pasa a un nudo de cuatro elementos.

Asimismo Maleval (2020) sostiene que Lacan, hacia el final de su enseñanza, refiere a la función paterna como cuarto término que anuda los tres registros de forma borromea. Un nudo es borromeo cuando las tres dimensiones son anudadas por una cuarta, la realidad psíquica o Nombre del Padre, y cuando al soltar uno de estos cuatro redondeles, se sueltan todos. (Soria, 2020a).

Entonces, en la estructura neurótica, hay un anudamiento de cuatro. Los aportes del Seminario sobre el sinthome (Lacan, 1975-1976/2024b) se fundamentan por ofrecer una tercera posibilidad entre anudamiento vía cuarto término y desanudamiento o desencadenamiento; el nudo Joyce, en el que se constata la forclusión del Nombre del Padre, sin embargo hay un anudamiento. A propósito del nudo de Joyce, Maleval (2020) afirma que su sinthome, anudamiento singular de los tres registros, suple la forclusión del Nombre del Padre; sin embargo, no establece un anudamiento borromeo:

“[...] la suplencia se ancla en una función de limitación que opera sobre el goce sin llegar a equivaler a la castración. [...] no logra poner en marcha el falo simbólico. [...] Una suplencia [es] una invención singular que opera una pacificación del goce y que conserva la huella del fallo que ella remedia.” (Maleval, 2020, p. 52).

Si bien con algunas limitaciones, podemos leer en Maleval y en Soria que la perspectiva Joyce, o del anudamiento singular, abre a múltiples modalidades de suplencia. Según Soria, los alcances de los anudamientos no borromeos estriban en la pluralidad de las soluciones, alternativas a la cura vía construcción de la metáfora delirante. Los anudamientos no borromeos, dice la autora, muestran que no se sueltan todos los registros, al soltarse uno de los redondeles.

Soria (2020a) pone de manifiesto, además, como en el paradigma Schreber se nos ofrece una visión de un caso de esquizofrenia paranoide como modelo general para las psicosis. Con Schreber, afirma Soria, se trata de una solución imaginaria y simbólica que deja fuera lo real: el presidente “necesita recurrir a una práctica travestitista diaria para poder de algún modo integrar lo real de su cuerpo a esta solución delirante” (Soria, 202a, p.74), refiriendo a la práctica de Schreber de observar en el espejo su cuerpo feminizado.

Entonces el nudo Joyce muestra todo su potencial en cuanto abre a nuevas formas de pensar la psicosis y los recursos posibles, identificables, nombrables, antes no vislumbrados. Se puede aquí aplicar lo que dice Miquel Bassols a propósito de la psicosis ordinaria (Bassols, 2018); es el mapa a crear el territorio y el lenguaje determina la construcción y la percepción de la realidad.

Finalmente, el paradigma Joyce constituye una ampliación importante con respecto al anterior; las identificaciones imaginarias serían sólo una solución posible entre otras. Cabe mencionar que Soria (2020a) se dedica a dibujar, desde la casuística, el anudamiento de cada sujeto particular. En cuanto, ella sostiene, los anudamientos pueden cambiar y no solo según el sujeto, sino desde un periodo a otro de la vida.

Marco teórico

Introducción

Luego de una breve introducción al contexto que genera el constructo de la psicosis ordinaria, este apartado presentará los signos de Miller y Maleval. Finalmente, con la máxima brevedad, se mencionará cuáles de ellos se encuentran en la literatura sobre la infancia.

Las etapas del programa de investigación sobre psicosis ordinaria

“La psicosis ordinaria” (Miller, 1999/2003b) es publicado en Argentina desde el 2003, y en Francia desde el 1999. Es un texto colectivo y tiene dos etapas anteriores, cuyos textos, relativos *al Conciliábulo de Anger* y *La Conversación de Arcachon*, se encuentran juntos en el volumen publicado en Argentina desde el 1999, “Los inclasificables de la clínica psicoanalítica” (Miller, 1999/2003a). Con el título del segundo volumen, “La psicosis ordinaria”, relativo a un tercer encuentro, la *Convención de Antibes*, se le otorga lugar nosográfico al término; si bien el asunto de definir los índices o los signos clínico se trate luego, con “Efecto retorno sobre la psicosis ordinaria” (Miller, 2015) y “Coordenadas para la psicosis ordinaria” (Maleval, 2020). Este último, le da lugar a algunos signos rastreables en la infancia.

El de psicosis ordinaria es un concepto que se construye con un cierto tiempo de gestación. “Los inclasificables de la clínica psicoanalítica”, (Miller et al., 2010), reúne textos producidos con el propósito de conversar sobre aquellos casos que dificultan la operación del diagnóstico: neurosis o psicosis? Casos raros sobre los que se debate. Como sostiene el mismo Miller (2015), el concepto de psicosis ordinaria ha nacido más para amparar casos dispersos con respecto a la nosografía psicoanalítica que para arrojar la definición de una nueva categoría. El autor cuenta que el paraguas de la psicosis ordinaria ha amparado aquellos casos que dejaban al clínico largamente indeciso sobre el diagnóstico entre psicosis y neurosis. Miller sostiene que ese largo dudar ya es un indicio, faltan las coordenadas, las características de las neurosis, la neurosis tiene sus peculiaridades que le dan consistencia, cuando se trata de ella hay signos. Pero, si no hay la repetición de lo mismo, la consistencia de una neurosis, aunque no se cuente con fenómenos de psicosis extraordinaria, hay que orientar el diagnóstico hacia la psicosis, “aunque no sea manifiesta sino, por el contrario, disimulada. [...] Deben entonces darse a la búsqueda de pequeños índices. Es una clínica muy delicada.” (Miller, 2015)

Entonces Miller (2015) sostiene que en estos casos el diagnóstico debe orientarse hacia la psicosis, sin embargo, no se trata de una psicosis manifiesta. Ya que los índices son sutiles. También dice que los índices están relacionados con los recursos que el sujeto encuentra y construye y que hacen que la psicosis no sea manifiesta. Ironiza

sobre la posibilidad de hacer ciencia y recolectar una lista de esos recursos. Miller refiere aquí al significante del Nombre del Padre. Significante que en la psicosis está forcluido. Sin embargo, el psicótico puede desarrollar el recurso de algo, que si bien no repara la forclusión, puede usarse en función del Nombre del Padre. Trae a colación Schreber, cuyo desencadenamiento, sigue, se manifestó en una edad que corresponde en medicina al climaterio masculino, y agrega que los psicoanalistas entre su público habrían probablemente reconocido en Schreber, si éste los hubiera consultado, un caso de psicosis ordinaria, “porque quizás lo que nosotros llamamos psicosis ordinaria es una psicosis que no se manifiesta hasta su desencadenamiento” (Miller, 2015). Entonces lo que difiere el desencadenamiento es ese “elemento” del que habla que ordena el mundo del psicótico en cuanto funciona como Nombre del Padre para el sujeto. ¿Es entonces posible hacer un listado de esas suplencias específicas de la psicosis ordinaria, ya que son varias, y hablar en modo más científico? Responde que es más complicado que eso y llama en causa “un desorden en la juntura más íntima del sentimiento de la vida del sujeto” referido por Lacan en “De una cuestión preliminar”. Dice que son los índices de ese desorden lo que hay que buscar en la psicosis ordinaria, cuando no hay evidencia de neurosis ni de psicosis desencadenada. Como se decía, se trata de índices sutiles. “A menudo es una cuestión de intensidad. Una cuestión de más o menos.” (Miller, 2015). Esos índices, sigue Miller, hay que buscarlos en los tres registros y pueden referirse a una triple externalidad que articula dicho desorden; una externalidad social, una externalidad corporal y una externalidad subjetiva. En cambio, cuando Maleval en 2019 publica “Coordenadas para la psicosis ordinaria” (Maleval, 2020), presenta una reseña de signos que, sostiene, pueden organizarse alrededor de los tres registros y muestra que, en pacientes adultos con estructura psicótica, desencadenada o no, algunos signos se presentaron durante la infancia.

Las tres externalidades de Miller

“En lo que concierne a una externalidad social, en la psicosis ordinaria, la cuestión es la siguiente: ¿cuál es la identificación del sujeto con una función social, con una profesión [...]? El índice más claro se encuentra en la relación negativa que el sujeto tiene con su identificación social. Cuando tienen que admitir que el sujeto es incapaz de [...] asumir su función social. Cuando observan un desamparo misterioso, una impotencia en relación a esta función [...]. Cuando observan lo que llamo un desenganche, una desconexión. Ven a veces sujetos que van de una desconexión social a otra, desconectarse del mundo de los negocios, desconectarse de la familia, etc.” (Miller, 2015a)

En relación a la externalidad social vemos aquí como Miller describe los índices de la que llama una identificación social negativa, la no adhesión a ningún rol social. Pero,

también puede presentarse la vertiente opuesta, la de la identificación social positiva, en la psicosis ordinaria:

“Es decir, cuando los sujetos invierten demasiado su trabajo, su posición social, cuando tienen una identificación demasiado intensa en su posición social. Pueden ver entonces, y se ve a menudo, psicóticos ordinarios cuya pérdida del trabajo desencadena la psicosis porque su trabajo quería decir más que un trabajo o una manera de vivir. Tener ese trabajo era su Nombre del Padre. Lacan dice que en nuestros días el Nombre-del-Padre es el hecho de ser nombrado, de ser asignado a una función, de ser nombrado para. El Nombre del Padre hoy es acceder a una posición social. Constatamos, en efecto, que ser miembro de una organización, de una administración, de un club, puede ser el único principio del mundo de un psicótico ordinario.” (Miller, 2015a)

En relación a la externalidad corporal, Miller refiere a la profunda extrañeza del psicótico ordinario en relación con el propio cuerpo. Dice que también en la neurosis puede en cierta medida percibirse el cuerpo como extraño. Pero, en la psicosis ordinaria hay un desajuste. “El desorden más íntimo es esta brecha en la que el cuerpo se descompone y donde el sujeto es llevado a inventarse lazos artificiales para reapropiarse de él, para ‘ceñirse’ a su propio cuerpo. Para decirlo en términos de la mecánica, tiene necesidad de una prensa para unirse a su propio cuerpo.” Entonces Miller pasa en reseña algunos elementos de la moda, tales tatuajes y piercing. Dice que el rasgo diferencial hay que encontrarlo cuando tales intervenciones funcionan como elemento para ceñirse al cuerpo.

En cuanto a la externalidad subjetiva Miller la localiza en una profunda vacuidad del sujeto y en la identificación con el objeto a como desecho, lo cual puede tener como defensa un excesivo manierismo:

“Luego de la realidad social –el Otro social– y el Otro corporal, les hablaré del Otro subjetivo. Lo más habitual es localizar en esa experiencia el vacío, la vacuidad, la vaguedad en el psicótico ordinario. Pueden encontrarlo en diversos casos de neurosis, pero en la psicosis ordinaria busquen un indicio de vacío o vaguedad de una naturaleza no dialéctica. Hay una fijación espacial de este indicio. [...] También deben investigar sobre la fijación de la identificación con el objeto a como desecho. La identificación no es simbólica, sino bien real, porque sobrepasa la metáfora. El sujeto puede transformarse en un desecho, descuidarse al punto más extremo. Digo que es una identificación real porque el sujeto va en la dirección de realizar ese desecho en su persona. Finalmente, puede defenderse de eso con un extremo manierismo. Podemos tener entonces los dos extremos.” (Miller, 2015a).

Los signos de Maleval: el registro de lo real

Maleval (2020) relaciona los signos de lo real con una avasalladora presencia del objeto *a*. El autor dice que, mientras la pérdida del objeto *a* tiene como correlato la falta que moviliza el deseo y la posibilidad de representación del sujeto en el campo del Otro, la no extracción del objeto *a*, en cambio, relacionada con la psicosis “(...) deja subsistir un goce excesivo e inquietante.” (Maleval, 2020, p. 59). Entonces Maleval introduce una diferencia. Si en la psicosis desencadenada “la voz se sonoriza en insultos, (...) una mirada inquisitiva vigila al sujeto, (...) el objeto oral lo envenena (...) o (...) el objeto anal lo invade”, en la psicosis ordinaria la no extracción del objeto *a* es más discreta (Maleval, 2020, p. 59). Sin embargo es un índice, concluye Maleval, de un anudamiento no borromeo que comporta una carencia funcional en relación a la limitación del goce.

Una vez indicado el objeto *a* en cierta demasía como índice en lo real de la psicosis ordinaria, Maleval amplía con las diferentes presentaciones clínicas del mismo signo.

El “surgimiento de un goce sin límite” (Maleval, 2020, p. 60) es el primer signo descrito. Como se decía, Maleval aporta desde la casuística sobre las consecuencias de la falla en la limitación del goce. Reúne casos de sujetos que se caracterizan por experimentar estados de “felicidad intensa, parecidos a fenómenos extáticos” que por lo general suelen ser efímeros. Agrega que no son estas vivencias las que suscitan una demanda al analista por parte del psicótico ordinario. Pero, el goce en demasía suele también revelarse por fenómenos hipocondríacos, por experiencias de dolor que invaden una parte del cuerpo cual “dolorosa localización del goce”. (Maleval, 2020, p. 62). Maleval hace muchas veces referencia al goce en exceso como goce no falicizado, o sea no regulado por lo simbólico.

La otra tipología de índices referentes a la no extracción del objeto *a* son los “esbozos de empuje-a-la mujer” (Maleval, 2020, p. 63). Con eso Maleval refiere a indicios de una discreta feminización y agrega que estos tienen que tenerse altamente en cuenta. Maleval dice que el significante de La Mujer está forcluido para todo sujeto, en cuanto la mujer no existe sino no toda, castrada. Pero, en el psicótico, ese significante tiende a volver en lo real, a presentificarse. Eso se da a través del empuje a La mujer, por el cual el psicótico se posiciona como La mujer, en cuanto esa, si existiera, no estaría sometida a la falta. Hecha presente La mujer, eso le permite al psicótico detener un lugar de “sujeto de goce” (Maleval, 2020, p. 63) y, a través de su feminización, sustraerse a la caída melancólica que representaría ser objeto del goce del Otro.

“Los coleccionadores patológicos” (Maleval, 2020, p. 65) siguen en esa reseña de signos clínicos en los cuales se lee la no extracción del objeto *a* en formas más discretas. Miller afirma de entrada que éstos como ninguno ejemplifican la presencia en el bolsillo del objeto *a*. Se trata de coleccionar objetos de cualquier especie reunidos por el denominador de no tener ninguna utilidad sino la que se relaciona con el hecho que el

sujeto no es capaz de separarse de ellos. “Su posesión brinda al sujeto un goce no falicizado, en conexión con la pulsión de muerte, que prevalece sobre las necesidades.” (Maleval, 2020, p. 66) Maleval refiere al síndrome de Diógenes, relacionado con el aislamiento social, el descuido personal y la acumulación desmedida de objetos. Afirmo que se trata de fenómenos transnosográficos y transestructurales; pero, a propósito del síndrome de Diógenes: “sin embargo, a menudo revela un goce pulsional sin límites” tanto en sujetos con psicosis desencadenadas, cuanto en otros que no manifiestan signos de ello. Maleval concluye que ese signo puede observarse en la psicosis ordinaria de forma incipiente.

En “los duelos patológicos” (Maleval, 2020, p. 69) nos enfrentamos con sujetos en los cuales la persistencia del duelo “parece excepcional” (Maleval, 2020, p. 69). Los sujetos tienden a perpetuar la presencia de la persona difunta, cual objeto de goce que no logra ser desinvertido, y a una “aniquilación del deseo” por largos años, no logrando simbolizar la pérdida.

Otra forma de ese índice relacionado a lo real, es la que se manifiesta en los recuerdos donde el sujeto se relata como “un ser rechazado” (Maleval, 2020, p. 71), refiriendo un hecho traumático que mete en escena su abandono, ubicando este hecho como origen de sus dificultades. Maleval sostiene que las escenas de rechazo y abandono tienen valor diagnóstico cuando el sujeto encarna en ellas el lugar del objeto caído.

En la categoría de los “sacrificios salvadores” (Maleval, 2020, p. 75) entran distintos sujetos aunados por buscar alivio al malestar por medio de un acto sacrificial que puede recaer sobre sí mismo o sobre los demás, sobre los bienes propios o de terceros. Este acto se lleva a cabo sin otra motivación que el impulso mismo que empuja a cumplirlo en pos de alcanzar una liberación del malestar. Maleval refiere a distintas modalidades que puede tomar el sacrificio bajo el denominador común de la falta de castración por la no vigencia del Nombre del Padre. Los actos sacrificiales, como por ejemplo el arto amputado de los apotemnófilos, cumplirían la función de realizar la castración ausente. Asimismo, estos actos testimonian de un goce no atemperado, donde un superyo cruel pide que se lleve a cabo en lo real la castración, o donde el Otro le pide al psicótico en lo real el objeto que no le ha cedido en lo simbólico. Junto con los apotemnófilos, encontramos otros sacrificios como los que perpetran los criminales, los pirómanos, los artistas que destruyen repetidamente sus obras, los neonaticidas y muchas patonimias, o sea patologías autoinducidas, alimentadas sin que los médicos sean anoticiados de esto. Cabe aclarar que, según Maleval, todas estas categorías pueden indicar un funcionamiento psicótico, pero no *per se*. Además, muchas veces esta misma exigencia de castración se le presenta al psicótico bajo impulsos y frases que lo alientan a pasar al acto auto o hetero agresivo; aunque estas exhortaciones advertidas por el psicótico no terminen con el acto, su presencia puede restarle mucho tiempo.

Finalmente Maleval cierra su reseña de fallos en el nudo borromeo, localizables en la clínica por la relación peculiar con el objeto *a*, con “la confrontación con la voluntad de goce del Otro” (Maleval, 2020, p. 82). Aclara que esta modalidad se presenta en la clínica en sujetos cuyo fantasma no tiene la consistencia suficiente para poner al reparo el sujeto de la malignidad del Otro, del Otro gozador, del cual el psicótico se vuelve objeto. Sin embargo, Maleval sostiene que, en la psicosis ordinaria, el goce del Otro se manifiesta de forma más discreta; a pesar de eso puede, en momentos de particular angustia o percepción de peligro, empujar a actos cuales el crimen o la automutilación.

Los signos de Maleval: el registro de lo simbólico

Pertenecen al registro de lo simbólico los signos clínicos que Maleval reúne bajo las características de la “inconsistencia del sujeto y fuga de sentido” (Maleval, 2020, p. 87). En ese registro se cuentan una serie de fenómenos relacionados con la falta del fantasma fundamental que guíe al sujeto en la existencia y del significante amo que organice su discurso.

Maleval trae a colación ejemplos de sujetos cuya existencia es caracterizada por una patente falta de orientación o por repentinos cambios de rumbo o por una indecisión que no se confunde con la duda que paraliza al obsesivo, el cual no quiere renunciar a nada: se trata más bien “de una sucesión de determinaciones [...]” (Maleval, 2020, p. 86); entonces estos sujetos, sigue Maleval, transmiten una sensación de inconsistencia desde las primeras sesiones, a veces puede comprobarse una cierta defluencia del pensamiento y pueden apreciarse en su discurso discretas rupturas de la cadena significativa: eso es debido a que la falta del significante amo no produce una significación acabada retroactivamente, entonces los ejemplos testimonian de una dificultad en concluir un discurso de sentido cumplido, lo cual los empuja a hablar sin parar en el intento o, de todas formas, a experimentar inconsistencia en el propio discurso, o una suerte de “bloqueo del pensamiento” que, según Maleval, en la psicosis ordinaria se manifiesta en forma más discreta, cuando el sujeto experimenta que, por ejemplo frente a una simple pregunta, se queda en un vacío en el que siente que no sabe qué o cómo contestar. Maleval agrega que este signo de la fuga de sentido es un signo a tener en cuenta, sobre todo cuando se manifiesta junto con otros, en particular el apoyo imaginario en una figura de referencia que oriente en la existencia. Éste último signo es abordado por Maleval a continuación, en referencia a los remedios imaginarios del fallo del nudo.

Permaneciendo en el registro simbólico, Maleval pasa a describir otro signo que caracteriza como “goce de la letra”. El goce estaría aquí en relación con la aparición de la letra. Maleval define la letra en disyunción con el significante ya que, mientras éste se caracteriza por definirse en relación con otro significante, la letra aparece como elemento aislado de la cadena, como ruptura de ella. Por lo tanto, nos encontramos frente a

manifestaciones discretas cuales invenciones de neologismos o un “mal uso” del significante, o la intrusión ocasional de palabras parasitarias que representan indicios de discretas rupturas de la cadena y de un goce de la letra que testimonia un exceso de presencia del objeto a. Como contracara de ese goce disruptivo, pueden apreciarse en estos sujetos actividades, juegos de palabras, como la formación de palíndromos u anagramas, que representan un intento de regulación de ese mismo goce.

Como ejemplo del significante parasitario fuera de cadena, Maleval aporta casos en los que al sujeto se le presenta una significación enigmática u obscena, imperativa, a partir de una letra aislada. En cambio, los neologismos y el mal uso del significante están ligados éstos a la aparición del uso incorrecto de las palabras, aquellos a la invención de términos del vocabulario. Maleval aclara que estos índices deben ser evaluados con cura y que su aparición fugaz no denota una estructura psicótica, mientras que para eso es necesaria una convergencia de signos.

Los signos de Maleval: el registro de lo imaginario

Los “deslizamientos imaginarios y los trastornos de la identidad” (Maleval, 2020, p. 103) reúnen una serie de manifestaciones relacionadas con las fallas en lo imaginario o con el recurso imaginario a la falla de lo simbólico. En primer lugar, Maleval refiere a dos manifestaciones relacionadas con el deslizamiento del registro imaginario: “abandono del cuerpo y embotamiento afectivo” (Maleval, 2020, p. 104) .

El abandono del cuerpo es un signo que tiene distintos ejemplos en la clínica, donde se observa un estado transitorio caracterizado por la insensibilidad del cuerpo. Generalmente los ejemplos refieren a episodios en los que el sujeto se ve amenazado y es golpeado mientras su cuerpo se hace insensible a los golpes y se presenta la sensación de haberlo abandonado, dejado caer.

Maleval refiere que esa condición también puede darse en algunas personas que viven en la calle, donde se convive con un deterioro tal que puede ir de la mano con un profundo abandono del cuerpo.

En relación a los recursos que suelen darse en la psicosis ordinaria frente a ese deslizamiento del imaginario, Maleval refiere a las ataduras artificiales de las que había hablado Miller (2015a) en relación a la externalidad corporal. Piercing, tatuajes, u otro expediente gracias al cual el sujeto consigue atarse a su propio cuerpo, remediar el deslizamiento.

A su vez, el embotamiento afectivo también, tiene su base en el deslizamiento imaginario del cuerpo. En cuanto los afectos se expresan a través del cuerpo, “[...] si la conexión del elemento imaginario está mal asegurada, puede ocurrir que el sujeto deje de sentirlos.” (Maleval, 2020, p. 106).

Maleval pasa, entonces, a describir “los trastornos de la identidad” (Maleval, 2020, p. 155). Los signos que se exponen a continuación son presentados como falla de la identificación simbólica, que sostiene el ideal de yo. A falta del rasgo unario, del significante amo, como explica el autor, se observan en la clínica una serie de índices de trastornos de la identidad.

El primer índice descrito por Maleval es el signo del espejo. Es un signo del que dice que se encuentra en las formalizaciones de la escuela francesa de psiquiatría de los años treinta. Ese signo se caracteriza por dos fases principalmente, la primera consiste en una repetida autoscopia a la que el sujeto se somete, buscando cada vez el reconocimiento de su propia imagen en el espejo. Esta fase puede ser duradera o puede manifestarse de forma temporaria, por lo tanto no necesariamente este índice es predictor del desencadenamiento, como sí aparece en las formalizaciones de la escuela francesa. Sin embargo, la segunda fase del signo del espejo, sigue Maleval, sí se la asocia a la psicosis desencadenada. En esta fase hay un rechazo de la autoscopia en cuanto en el espejo se presentifica el objeto *a*, relacionado con lo real sin mediación, con la angustia, no por la imagen que se disuelve, sino por lo real que aparece detrás. Frente al espejo, el sujeto se encuentra enfrentado “brutalmente con la facticidad de su constitución” (Maleval, 2020, pp. 111-112). El autor recuerda como para Lacan el yo representa, además, el velo puesto sobre el objeto *a*. Por lo tanto, en la segunda fase, el sujeto no puede más mirarse porque lo que ve se relaciona con lo horroroso de lo real sin intermediario. Maleval trae ejemplos donde en el espejo aparecen imágenes inquietantes, cuales una cabeza de pato u otras, relacionadas con la desvitalización del ser: “aunque, según parece, el signo del espejo constituye un trastorno de la identidad, se habrá notado que es correlativo de una deslocalización del goce y de un fracaso de la función del significante amo - la de colocar su marca sobre el objeto *a*.” (Maleval, 2020, p. 117). Si cuando se presentifica el objeto *a*, en la segunda fase, Maleval considera que se entró en la psicosis, a propósito de la primera fase del signo dirá que, además de poder perdurar, puede encontrarse junto con otros signos. En este caso es de valor diagnóstico, no lo es de forma aislada. Además el autor trae el ejemplo del signo del empuje a La mujer que suele asociarse con la autoscopia del signo del espejo, en una forma discreta, en la psicosis ordinaria.

Como se decía, las identificaciones imaginarias son un índice muy saliente, en cuanto presentan la características del abordaje bífido al cual refiere Maleval al comienzo de su extensa tratación de signos: al mismo tiempo, las identificaciones imaginarias son índice de la falla en la constitución subjetiva y de una tentativa de repararla. Por reunir estas dos condiciones, acota Maleval, deben ser consideradas de alto valor diagnóstico: las identificaciones imaginarias son signo de la falla del rasgo unario, o sea del sesgo simbólico de la identificación con el ideal de yo; pero, al mismo tiempo, son la solución a la falla. Mientras que en la neurosis la identificación primordial “se une al S1 que representa al sujeto ante los otros significantes, gracias a la caída del objeto *a*” (Maleval,

2020, p. 122), en la psicosis ordinaria nos encontramos con un S1 que no cumple esta función, y se encuentra pluralizado y enjambrado o tomado en masa, como certeza.

Aquí Maleval especifica que lo más común en la clínica de las identificaciones son los fenómenos de transitivity, ya descrito por Lacan, y lo define citando Miller (2015): “[...] Transitivity quiere decir que no saben si son ustedes o el otro el que lo ha hecho. Es cuando el niño le da un golpe al compañero y dice: ‘él me pegó’”. (Maleval, 2020, p. 119). Maleval pone de manifiesto que hay que distinguir más formas en la clínica en las que el transitivity se presenta. A lo largo del capítulo, el autor irá trayendo síndromes más o menos ignorados, que bien dan cuenta del trabajo de las identificaciones en su distinto grado de solidez. Maleval insiste en que las categorías nosográficas llamadas en causa deben poderse leer flexiblemente. En cuanto a su eficacia, ésta va del signo del espejo, con resultados muy pobres, a los enganches a un allegado, cual solución todavía lábil; pasa por las personalidades “como si” y el síndrome del impostor, para llegar a una máxima eficacia, como compensación del rasgo unario, con las sobreidentificaciones.

A propósito de los enganches a un allegado, Maleval afirma que se trata de identificaciones a menudo muy frágiles, que sin embargo cumplen alguna función en cuanto el sujeto, frente a la falta de guía del ideal del yo, se mimetiza con un semejante, con el cual se identifica, o con un personaje que conoce.

“Ciertas formas de psicosis ordinaria parecen revelar de una manera muy pura una enjambrazón del rasgo unario: el sujeto parece entonces en contacto con una multitud de identificaciones imaginarias carentes del peso de un rasgo simbólico. Ciertos comportamientos de adhesión instantánea al otro son a veces evidentes.” (Maleval, 2020, p. 120)

Estos sujetos, ejemplifica Maleval, manifiestan una extremada facilidad en adherirse al otro, pero, al mismo tiempo, perciben en sí mismos un sentimiento de vacuidad, o refieren a una superficialidad por su parte, o a una falta de personalidad.

En relación a las personalidades “como si” descritas ya en los años treinta por Helene Deutsch, Maleval afirma que, si se las considera con flexibilidad, o sea se considera que esa categoría no es incompatible ni con la despersonalización, ni con el signo del espejo y que pueden coexistir, la personalidad “como si” representan un modelo interesante para pensar las identificaciones imaginarias como forma de compensación. Los sujetos descritos por Deutsch se caracterizarían por aparentar una absoluta normalidad. Lo específico de ese funcionamiento reside en las capacidades miméticas que permiten al sujeto acoplarse a un allegado o a un grupo, por ejemplo religioso, con extrema facilidad. Maleval cita el ejemplo de Lacan de “personalidad como si” al que él hace mención en el Seminario sobre las psicosis. El ejemplo relata de un adolescente que se adhiere a un compañero, a punto tal de comportarse como si tuviera un padre severo u como si este lo castigara, porque eso era lo que le pasaba a su amigo con su padre. El joven se identifica a su amigo y, cuando éste se interesa por una chica,

a él le pasa lo mismo y con la misma chica. Cuando finalmente la joven lo elige, “[...] Siempre para ser como su amigo [...]tendrá que abandonarla” (Maleval, 2020, p. 125)

Los impostores patológicos están muy cerca de las personalidades “como si” en cuanto a las capacidades miméticas. Además, se caracterizan por la impostura: o sea el sujeto pasa, por ejemplo, de una profesión a otra bajo el nombre de otra persona. Asimismo, Maleval refiere aquí a la identificación de la que habla Lacan en “De una cuestión preliminar”. El sujeto suplanta la falta de identificación simbólica con la asunción del deseo de madre, lo cual está referido al falo. Lo que vemos en los impostores es que se trata de un falo no marcado por la castración sino por la completud. A los impostores les es necesaria la presencia de un público que reafirme esa imagen sosteniendo una tensión hacia el ideal. Es un síndrome que, concluye Maleval, sólo no alcanza para el diagnóstico estructural.

Finalmente Maleval (2020) aborda la sobreidentificación, donde el rasgo diferencial se encuentra en el conformismo, en la rigidez con la cual el sujeto se ajusta a los ideales que le proporciona un rol social, profesional, o la pertenencia a un grupo. Hay aquí, sigue Maleval, una cierta intolerancia del conflicto, por parte del sujeto, con respecto a los ideales en cuestión. El autor coincide con Miller (2015a) en eso y refiere a la externalidad social, en su vertiente positiva, que se caracteriza por la intensidad de la identificación. Maleval también relata que es un tipo de compensación que posee mucha fuerza, con la salvedad de que puede caerse como recurso, por algún cambio repentino en la vida del sujeto, que comporte la pérdida del rol social al cual éste se encuentre identificado. Maleval hace referencia a Lacan en “De una cuestión preliminar”, el cual afirma que un remedio imaginario, a la falta del ideal del yo que oriente al sujeto, es el recurso a una identificación que permita asumir el deseo de la madre (Maleval, 2020, p. 122). Esa identificación permite la captación por una imagen fálica e impulsa el sujeto a adherir “a los significantes promovidos por ésta. No hay duda alguna de que las ganas de seguir siendo ‘un buen hijo’ o ‘una buena hija’ a veces dan a luz ciertas identificaciones conformistas que orientan sólidamente a algunos psicóticos ordinarios” (Maleval, 2020, p. 122). Por lo tanto, la sobreidentificación puede ponerse en serie con la asunción del deseo de la madre del que habla Lacan, en cuanto reemplaza de forma eficaz la falta de parada fálica del sujeto, por medio de la adhesión rígida a un ideal. Eso se debe, sigue Maleval, a que el sujeto en la identificación puede separarse de su rol sin perder su ser, cosa que no pasa en la sobreidentificación, en cuanto el rol y el papel social son el sujeto mismo.

Los signos de Maleval: el anudamiento de la imagen indeleble y la suplencia del sinthome

Luego de haber analizados en el capítulo dos, los signos relativos a los fallos en los tres registros, el capítulo tres de ésta obra de Maleval refiere ahora a una serie de

signos que denotan unos anudamientos en los tres registros, y no un fallo, aunque el anudamiento no sea borromeo. Los anudamientos a los cuales refiere el autor son: los fantasmas ligados a una imagen indeleble y los sinthomes en la psicosis ordinaria. Entre estos últimos, un anudamiento que se desarrolla desde el fantasma de cambio de sexo, llegando al sinthome transexual.

Las imágenes indelebles que Maleval presenta, reuniendo siete casos de psicosis ordinarias organizados alrededor de una imagen indeleble, tienen la principal característica de suplir a la falta del fantasma fundamental que se encuentra en la neurosis, aclara Maleval; agrega que, si en la neurosis encontramos la fórmula del fantasma por mano de Lacan y en la psicosis alguna referencia al tipo de fantasma o a su inexistencia, el fantasma en la psicosis ordinaria resulta poco estudiado, sin embargo resulta de mucho valor, tanto para el diagnóstico estructural, cuanto para la dirección de la cura. Es más, la tesis de la falta de la construcción del fantasma en la psicosis, no es conciliable, dice Maleval, con la riqueza de guiones imaginarios que se ofrecen en la misma estructura. En la neurosis, resume Maleval, el fantasma “designa la constancia de una coordinación entre el sujeto del inconciente y el objeto de un goce negativado por la castración, causa del deseo”. Además es posible captar el fantasma fundamental gracias a una frase que lo condensa, pero ésta “en el neurótico permanece reprimida” (p. 165) y se la obtiene por construcción a lo largo de un análisis.

Apuntando a la psicosis ordinaria, el autor reúne las peculiaridades que presenta la clínica por él observada, la de “una forma original de psicosis ordinaria, caracterizada por la pregnancia de una imagen indeleble que da consistencia a un sustituto del fantasma fundamental” (Maleval, 2020, p. 169). Como se notará, una imagen indeleble evoca una presencia agobiante más que una frase que permanece reprimida, que no aparece, sino que se la construye. Miller dirá que esas imágenes, sin bien velando con menos éxito el exceso de goce debido a la no extracción del objeto *a*, sin embargo logran enmarcar un goce propio y contener el del Otro.

Todas las escenas tomadas por Maleval tienen una connotación sexual más bien explícita, exponen algo en relación al cuerpo que debe permanecer oculto (la desnudez, el sexo, el cadáver), en ellas el sujeto tiene un rol protagónico o en su lugar se presenta una imagen a la que se identifica. Los siete ejemplos de imágenes indelebles también pueden ser resumidos en una frase, pero la escena que representan no es inconsciente. La tesis de Maleval, que afirma estar en línea con cuanto presentado en un trabajo de Miller (cit. por Maleval, 2020, p. 167), es que el fantasma se presenta imaginarizado en la neurosis, mientras que en la psicosis es realizado. En los siete ejemplos cada uno de los sujetos realiza una puesta en escena de la imagen indeleble, por lo que Maleval dirá que aquí el fantasma se realiza. Otra función que les reconoce Maleval a las imágenes indelebles, variante entre la clínica de las compensaciones del fantasma fundamental, es la de lograr “dar una cierta estofa al yo”, una consistencia, en cuanto “esas imágenes son convocadas para suplir una parada fálica desfalleciente” (Maleval, 2020, p. 175). Cuando

no logran eso, aparece entonces “el ser de desecho del sujeto” (Maleval, 2020, p. 175). Entre las siete imágenes relatadas, Maleval encuentra en seis de ellas el germen de la exclusión social. Entonces Maleval hace una clasificación de ellas en base a dos criterios: la capacidad de limitar el goce y la de poner en jaque, o menos, el lazo social.

El intento de Maleval, a través de éste estudio de las imágenes indelebles, de las consecuencias que estas tienen o menos para el sujeto, es establecer que a partir de ellas se pueda arribar al diagnóstico de psicosis. El autor también aclara que las imágenes indelebles no son exclusivas de las psicosis, por lo tanto es necesario discernir su función en relación a la compensación del fantasma fundamental y recolectar otros signos que se les acompañen, cuales la falta de represión y cierto desvanecimiento del velo fálico.

Por lo tanto, tales imágenes tienen un gran valor, diagnóstico, pero también en cuanto recurso del sujeto para compensar el fantasma. Sin embargo, su éxito está vinculado al grado mayor o menor de su funcionamiento relacionado con la regulación del goce, que también está vinculada con la adhesividad del objeto a que se observa en la psicosis ordinaria, objeto no perdido en el campo del Otro. Por lo tanto, la exclusión o menos de la posibilidad de socializar el lazo, con la que las imágenes indelebles cargan, es otro factor a tener en cuenta, junto con la regulación del goce, con respecto a su funcionalidad en la compensación del fantasma fundamental.

Las imágenes indelebles establecen un enganche entre lo imaginario y lo real, sostiene Maleval, sin embargo, solas, concluye, representan una compensación frágil del fantasma fundamental. Diversamente, en presencia de una suplencia, adquieren más eficacia.

A tal propósito, antes de encarar el último entre los signos discretos relativos al trabajo de anudamientos no borromeo operado por el sujeto, se mencionará la diferencia que Maleval esclarece entre: intentos de reparar el fallo por medio de lo imaginario, lo que ya se exploró, y que pertenece según Maleval a lo que tiene el alcance de una compensación imaginaria, con efectos limitados; el anudamiento entre imaginario y real propio de la clínica de las imágenes indelebles; y la suplencia, término de la última enseñanza de Lacan “donde se designa un medio utilizado para hacer que los elementos de la cadena borromea permanezcan juntos” (Maleval, 2020, p. 50) En la suplencia los tres elementos permanecen juntos a pesar de que el anudamiento de la psicosis ordinaria tenga su especificidad. Maleval para distinguir los tres anudamientos sostiene que en la neurosis el anudamiento es borromeo, en la psicosis ordinaria hay en cambio un anudamiento no borromeo, finalmente, en la psicosis desencadenada, los tres registros están desanudados del todo.

Es así como, a partir de la última enseñanza de Lacan, las posibilidades de anudamiento se multiplican, afirma Maleval. La referencia para la suplencia del nudo de la psicosis ordinaria que retoma el autor, es el nudo Joyce teorizado en el seminario XXIII

de Lacan. Lo cual nos introduce al segundo signo de anudamiento no borromeo presentado por Maleval: los “sinthomes en las psicosis ordinaria”. Maleval, en las premisas, aclara que, mientras en el anudamiento borromeo hay un cuarto nudo, el Nombre del Padre, que mantiene juntas las tres dimensiones, el sinthome joyceano es, en cambio, una suplencia del Nombre del Padre, en cuanto llega a poner un tope al goce pero no equivale a la castración, o sea “conserva la huella del fallo que la remedia.” (Maleval, 2020, p. 52).

Maleval comienza su descripción del nudo Joyce, el sinthome, refiriendo a Lacan, quien dice que el escritor irlandés logra así remediar a la “carencia paterna” (cit. por Maleval, 2020, p. 41). En el Seminario sobre el sinthome de Joyce, Lacan hace referencia al “dejar caer”, en relación al cuerpo, como síntoma “altamente sospechoso para un analista” (cit. por Maleval, 2020, p. 43) Este signo se encuentra más de una vez en la literatura de Joyce, pero principalmente en el “Retrato del artista adolescente” donde se narra de un desprendimiento del cuerpo a partir de unas palizas que el joven recibe. Este signo también es puesto en evidencia por Miller en relación a la externalidad corporal y por Maleval en relación a los deslizamientos de lo imaginario. Ahora, este signo de anudamiento no borromeo en la estructura, avanza Maleval de la mano de Lacan, muestra el deslizamiento de lo imaginario debido a un fallo en el anudamiento entre simbólico y real; pero, aunque no haya el anudamiento del Nombre del Padre, en Joyce aparece un anudamiento singular, el ego. “El ego es la idea de si mismo como cuerpo” (Lacan, cit. por Maleval, 2020, p. 44); pero en el escritor irlandés, el ego no puede sostenerse sobre el cuerpo, ahí donde aparece un deslizamiento del registro imaginario, como testimonia el dejar caer luego de la paliza. Por lo tanto, el ego de Joyce se caracteriza porque su idea del cuerpo se asienta sobre la escritura, su particular escritura que establece un nudo entre simbólico y real, por la dimensión de goce de la letra que la caracteriza. La escritura de Joyce, “llama a realizar una lectura alfabética, ideográfica, utilizando homofonías translingüísticas [...]” (Maleval, 2020 p. 41) y pone de manifiesto la dimensión del goce, ligada a los juegos lingüísticos, a “una letra sin Otro” (Maleval, 2020, p. 45) que cuesta mucha fatiga al lector en cuanto “produce la abolición del símbolo [...], le falta un elemento imaginario [...], lo cual indica cómo “el nudo conserva la huella del error inicial” (Maleval, 2020, p. 45).

Se puede concluir que el sinthome escitural de Joyce, permite el ensamblaje del ego que logra un anudamiento de los tres registros. Real, simbólico e imaginario se anudan, pero el arreglo deja alguna falla que delata el error inicial.

Lo real, a través del goce de la letra, y lo simbólico, por la escritura, abrochándose, detienen el deslizamiento imaginario, lo cual aparece, en el joven artista, evidente por ese dejar caer del cuerpo relatado en su novela; gracias al armado del ego, la imagen del cuerpo de Joyce logra asentarse sobre la escritura, pero la significación incierta, que pone a dura prueba el lector y que transpare en su obra, delata la falla inicial de lo imaginario (Maleval, 2020).

Por lo tanto, se puede concluir que los signos discretos evidenciados por Maleval en relación no con el fallo del nudo, sino con otro anudamiento, tienen una jerarquía con respecto a su eficacia. Ya entre los fallos del nudo Maleval coloca una vasta gama de soluciones imaginarias definidas muy lábiles. Entre ellas la sobreidentificación, con mayor alcance, en cuanto, si el sujeto es capaz de sostenerla, “ella posibilita un anudamiento no borromeo de la estructura” (Maleval, 2020, p. 159). Entre los anudamientos no borromeos, Maleval coloca en primer lugar lo que remedia a la falta del fantasma fundamental; aquí la clínica de las imágenes indelebles muestra cómo es posible un anudamiento entre lo imaginario y lo real. El sinthome, en cambio, se alcanza cuando se logra una suplencia, un nudo suplente del Nombre del Padre que, si bien con alguna fisura, logra restablecer un anudamiento entre los tres registros.

Luego, Maleval pasa a ocuparse del “sinthome transexual” que es una entre otras maneras posibles que los sujetos tienen de hacer un sinthome. El autor profundiza sobre el asunto, por lo cual resulta claro que la transexualidad no está indefectiblemente asociada a la psicosis, pero sí puede ser la solución en el caso de las estructuras psicóticas. Además, sostiene que el tratamiento psicoanalítico puede ser un valioso acompañamiento en casos de transición, la cual no siempre es necesario que se realice por medio de intervención quirúrgica para el cambio de sexo.

El sinthome transexual descrito por Maleval logra un abrochamiento de los tres registros, como vemos en el caso de Ven, paciente adulto, quien se apega a una imagen indeleble en la infancia, un niño que orina de pie; esa imagen origina su decisión de transición sexual y, a lo largo de la cura, es sustituida por “la ficción de la imagen ideal del varón vestido” (Morel, cit. por Maleval, 2020, p.179). Ven, vestido como un hombre, logra volverse un líder y un animador de las fiestas, enmarcando su goce en la imagen masculina de sí que ofrece al Otro.

Los signos de Miller y de Maleval en la literatura y la casuística sobre la infancia

En “Los inclasificables de la clínica psicoanalítica” (Miller et al., 2010) se encuentra un caso de una niña de once años en el que se observa el signo de la identificación al objeto *a*, signo del que hablan tanto Miller, como externalidad subjetiva, cuanto Maleval en relación a la presencia invasora del objeto *a*. También, a nivel de lo imaginario, se menciona un “pegarse” a su padre, lo cual puede referir a las identificaciones imaginarias señaladas por los dos autores.

En Miller (Miller et al., 2010) se encuentra otra referencia a una solución, imaginario mediante, a la ausencia del Nombre del Padre. El fragmento relativo a la infancia es relatado por un paciente adulto, por su relato se infiere una identificación imaginaria con el hermano.

En el mismo texto, se presenta el caso de “el idólatra”. El paciente adulto refiere que, en su infancia, era incapaz de escribir; le tenía miedo a los demás y se sentía excluido de lo social; esto desde los seis años. Siempre en la infancia, el paciente se identifica con un dibujo animado y a partir de ahí usa la ropa de su madre como envoltorio. Podemos rastrear en estas manifestaciones clínicas los signos de ruptura de la cadena significativa y de la exposición al goce del Otro de los que habla Maleval, o de la externalidad social de Miller. Con referencia al cuerpo, ambos autores refieren al soltamiento de lo imaginario y a expedientes para engancharse a su cuerpo, como la media usada por el paciente en cuestión.

El último caso de este texto, tomado aquí en examen, refiere también a un paciente adulto; en su relato aparece una escena inolvidable vivenciada en la infancia, que evoca el signo de las imágenes indelebles teorizado por Maleval.

En Nieves Soria (2020a), un paciente adulto da cuenta de un episodio, acontecido a los trece años, atribuible al soltamiento del registro imaginario, cuando siente que su rodilla se desplaza al participar en una actividad deportiva. El fragmento responde a la externalidad corporal de Miller o al desenganche imaginario por Maleval.

En Tendlarz (2009), relativamente a un paciente adulto, se menciona como la nominación a niño del coro desarrolle una función de sínthoma para el paciente durante la infancia. Este signo puede ser leído por la externalidad social positiva de Miller o por el sinthome de Maleval.

Siempre en Tendlarz se toma un caso de Jean Pierre Deffieux relativo a un paciente adulto. En la infancia del paciente se halla el signo del abandono del cuerpo, señalado tanto por Miller como por Maleval, y el signo del embotamiento afectivo, también relativo a un desenganche de lo imaginario según Maleval.

En Nieves Soria (Soria, 2020b), un paciente que consulta en la adultez da cuenta de un apodo que le garantiza una nominación en su infancia. Este signo puede relacionarse con la externalidad social positiva de Miller o con la sobre identificación de Maleval.

Mauricio Beltran (2018) valida para la infancia las tres externalidades millerianas. Según este autor, el repliegue y el aislamiento, que terminan a veces en el falso diagnóstico de TEA, puede indicar un desenganche del Otro y un reenganche sobre el propio goce. Esta manifestación el autor la lee por la externalidad social negativa de Miller. Beltran además insiste sobre el extrañamiento de lo simbólico cuál signo de psicosis ordinaria. Signo vinculado a la externalidad subjetiva de Miller, pero que también puede ser leído por las fallas en lo simbólico de Maleval. Beltran también menciona los inventos, en la infancia, para ceñirse al cuerpo e invita a reflexionar sobre los nuevos usos de la tecnología; signo de la externalidad corporal de Miller y del soltamiento de lo imaginario por Maleval. Para terminar, Beltran retoma el caso de una niña de Levrieve.

En el juego lingüístico con el analista, la niña inventa una nueva lengua. Ese signo puede relacionarse al signo definido, luego, como goce de la letra por Maleval.

En *Coordenadas sobre la psicosis ordinaria* (Maleval, 2020) encontramos algunas referencias directas a los signos en la infancia.

Maleval refiere a un caso de un paciente adulto quien vivencia el signo, adscribible al registro de lo real, del rechazo y del abandono, haciendo referencia a una escena vivenciada en la infancia.

En el mismo registro de lo real, Maleval hace referencia a un paciente adulto, el cual, ya desde la infancia, manifiesta la necesidad de perder un brazo. Este signo Maleval lo adscribe a una presencia excesiva del objeto *a*.

En el registro simbólico, Maleval afirma que la inconsistencia y la vacuidad son observables ya desde la infancia, con pacientes cuya subjetividad parece resbalarse, refiriendo con esto al signo de la inconsistencia del sujeto.

A propósito del mismo registro, Maleval trae un caso de Brousse relativo a una paciente adulta quien inventa una lengua singular en la infancia. Signo relacionado con el goce de la letra.

En el caso Pierre, Maleval refiere a una pérdida de espontaneidad en el lenguaje. Signo relacionado con la fuga de sentido en el registro simbólico. El paciente lo relata en edad adulta.

En el registro de lo imaginario, Maleval hace referencia al signo de la autoscopia, en relación a un paciente adulto que narra haberlo experimentado en la infancia.

También encontramos, en el registro de lo imaginario, la referencia al funcionamiento “como sí”. Se trata de una paciente adulta cuya adhesión imaginaria a los otros desde la infancia, es testimoniada por su padre.

En la clínica de las imágenes indelebles, encontramos una imagen cautivadora en Ven, paciente adulto quien relata la presencia de la imagen a partir de los seis años. En el mismo texto Maleval da cuenta de una situación análoga a propósito de otro paciente, Jaques, de treinta años.

El caso Ven también se ofrece como ejemplo de *sinthome* transexual; si bien el *sithome* se arma en la juventud del paciente, la imagen a la cual ello se ancla es tomada desde la infancia del paciente. Maleval presenta un caso análogo en el cual la transición al sexo masculino se da en la adultez.

También el autor presenta un caso, en la adultez, de transición al sexo femenino, pudiendo así leerse un discreto empuje a la mujer rastreada en la infancia.

Estado del arte

Introducción

En este apartado se presentarán en orden cronológico los testimonios y los aportes de distintos profesionales del psicoanálisis sobre los signos de psicosis ordinaria en la infancia. Los fragmentos y recortes provienen de la literatura sobre el tema publicada en Argentina o disponibles en la WEB y se han reunido bajo la condición de referir a la psicosis ordinaria de forma explícita y a sus signos, presentes en el rango etario de la infancia. Para favorecer la ubicación del lector en el orden cronológico, se hará mención, en la cronología: a) al año de publicación en Argentina de “Los inclasificables de la clínica psicoanalítica” y de “La psicosis ordinaria”, obras en las que se van perfilando los signos; con el título de la segunda, se sanciona el uso de un nuevo término nosográfico, aunque el término refiera más a un proyecto de investigación; b) a los años de publicación de los trabajos relativos a los signos de psicosis ordinaria de Miller (2015) y Maleval (2020).

Los inclasificables de la clínica psicoanalítica y La psicosis ordinaria

Del 2003 es la primera publicación argentina de “Los inclasificables de la clínica psicoanalítica” (Miller, 1999/2003a)

Desde este texto, se tomará aquí en consideración un caso de una niña cuyo diagnóstico estructural es “[...] de psicosis no desencadenada” (Miller, 1999/2003a, p.111). El caso es reportado por Nancy Katan Barwell, refiere a una niña de once años, y es titulado “Una niña mortificada”, Amélie. La paciente se presenta por síntomas bastante comunes, sin embargo en su dibujo aparece un cuerpo completamente estallado en piezas sueltas y en su discurso se aprecia la identificación a un significante mortífero, meningitis, en cuanto la niña refiere que esta enfermedad, a los pocos meses, habría causado una serie de otras enfermedades, definidas “enfermedades catástrofe” por su madre, y problemas de salud que la enfrentan hoy con la idea de la muerte que la ocupa a menudo. Katan-Barwell relata que además gravita sobre la niña la “sombra amenazante de un diagnóstico por discapacidad” (Miller, 1999/2003a, p.112), que se sumaría a su historia de enfermedades e intervenciones invasivas, y llevaría como consecuencia el fracaso escolar, a la cual parece destinada con ya dos años de retraso en este ámbito. La idea de la muerte la habita, tanto que le pregunta al padre si él también piensa en la muerte, al responderle éste que sí, la niña dice que “se pega a él”. Sin embargo la niña muestra “gran agudeza de espíritu y una dimensión intersubjetiva intacta” (Miller, 1999/2003a, p.112) El detalle que la autora pone en evidencia es la respuesta de la niña frente al equipo que la convoca para una única entrevista y se le pregunta si quiere que se le diga algo a su madre. Cuando la madre aparece, la niña le

pregunta por qué tuvo meningitis. Las conclusiones sobre el caso refieren al deseo enigmático de la madre y a la falta de un tercero que eficientemente lo contenga. La pregunta de la niña es leída por la autora como un llamado vano al padre: siendo meningitis el significante mortífero que la representa, de este llamado no llega ningún S2. “La incapacidad de una articulación simbólica de un S2 con un S1 vuelve a arrojar a la niña en lo real con una indexación mortífera que ella elige -meningitis y no trisomía- ilustrando así su posición de objeto en el fantasma materno. Esta identificación con el objeto del fantasma de la madre permanece referida al goce materno y no a otro significante S2 -Nombre del Padre.” (Miller, 1999/2003a, p.115). Katan-Bawell concluye con la referencia al “fading” (Miller, 1999/2003a, p.115) de la niña acurrucándose en su asiento, luego del llamado vano y el aplastamiento por un significante mortífero.

En el 2003 se publica en Argentina por primera vez “La psicosis ordinaria” (Miller, 1999/2003b), publicado en Francia en 1999. En este volumen aparecen algunas referencias a la infancia.

El primer fragmento clínico, no será tomado en examen, si bien se relacione con el tratamiento de un niño, porque refiere a un desencadenamiento precoz. El niño se presenta con una psicosis desencadenada. Sin embargo, hace referencia, en un momento anterior, a una identificación imaginaria del niño con un hermano, con la cual “se intenta suplir” a la ausencia del Nombre del Padre (Miller, 1999/2003a, p. 51). Lo imaginario es aquí pensado como intento de suplencia, remedio.

En el caso mencionado como “el ídolatra” (Miller, 1999/2003a, p.55), el sujeto adulto refiere que desde niño es incapaz de escribir, que ha tenido dificultad para ir a clases por miedo a los demás. Dice que se siente excluido de lo social desde los seis años. El desencadenamiento ocurre durante el curso preparatorio, entonces interviene la identificación con un dibujo animado, que muestra mujeres y hombres guerreros, para estabilizar la estructura. Inspirado por el dibujo animado, donde al desaparecer las mujeres quedaba su ropa, “toma prestada de su madre ropa como envoltorio; una media donde deslizar su ser” (Miller, 1999/2003a, p. 56). Más tarde, en la adolescencia, este elemento de la indumentaria femenina será movilizado como fantasía masturbatoria.

Otro caso, siempre relatado por un paciente adulto, presenta la captación del niño por una “escena inolvidable”. A los cuatro años el paciente relata haber quedado captado por la imagen del padre con cara de lobo. Desde entonces se imprime en el sujeto la idea de hacer el amor.

Circulación en Argentina de los signos de la psicosis ordinaria

La circulación de signos a la que se hace referencia en la literatura argentina, se la puede considerar una circulación *ante literam*, o sea antes de que estén formalizados

los signos, luego de los encuentros colectivos sobre la psicosis ordinaria, por Miller (2015) y Maleval (2020).

En el relato de la psicoanalista Marisa Fenochio, publicado por primera vez en Argentina en el 2008 (Soria, 2020a), se analiza un caso de psicosis ordinaria desde una perspectiva diacrónica, en cuanto el paciente se le presenta a la profesional ya adulto, con veintinueve años. Sin embargo, el recorrido del análisis le permite a la terapeuta encontrar, si bien a distancia, signos discretos de psicosis en la infancia de la persona a su cargo. El paciente relata que, a los 13 años, mientras practicaba deporte, se veía dificultado por su rótula, la cual se desplazaba a lo largo de la pierna. En el análisis que Soria hace del caso, introduce los tres registros lacanianos y observa que, en este anudamiento, la descomposición del cuerpo puede leerse, a nivel de lo imaginario, como signo de un desencanche: “[...] me parece que es un caso de desencadenamiento parcial en una esquizofrenia. Ese desencadenamiento me parece que en un primer tiempo toma la forma de un desencanche de lo imaginario a los trece años. [...] Propongo que en este primer tiempo algo se deshilacha, no queda del todo suelto.” (Soria, 2020a, p. 255). También hace referencia a la actividad deportiva como un llamado a participar de una actividad viril. No hay referencia a otros síntomas, relatados por el paciente, inherentes a su niñez.

Manuel Zlotnick (Tendlarz, 2009, p. 157), en un capítulo dedicado a las nuevas perspectivas ofrecidas por la psicosis ordinaria, trae a colación un caso extrapolado del texto de Miller (Miller et al., 2020b), con el fin de poner en resalto la posibilidad de estabilización que ofrece un anudamiento sinthomático. El caso refiere a una persona adulta que adhiere a una serie de ideales, ya desde niño, pero, cuando la vida pone en cuestión su nominación con respecto a ellos, se manifiestan signos de descompensación: “Hijo espiritual de su tía y de la Iglesia, a las que llamaba sus verdaderos padres, este hombre de cincuenta años se había construido muy temprano un ideal. Quería realizar esas ‘palabras en té’” (Miller, 1999/2003b, p. 74) que en francés nombran la fidelidad, la honestidad y la pureza. Sus prácticas de niño de coro eran el síntoma donde el ideal de ‘las palabras en té’ se convertía en misión” (Miller et al., 2020, p.75). El caso desde el cual se extrapola este fragmento, relativo a la infancia, en “La psicosis ordinaria” (Miller, 1999/2003b) considera al “niño de coro” en función del síntoma, y se hace mención a que el sinthome es lo que mantiene los tres registros juntos.

Silvia Elena Tendlarz (2009) hace un recorte de un caso presentado en “Los inclasificables de la clínica psicoanalítica” (Miller, 1999/2003a) por Jean Pierre Deffieux. También en Maleval (2020) se retomará el mismo caso como signo del abandono del cuerpo. Aquí Tendlarz, en el contexto de la psicosis ordinaria, extrae un fragmento del tratamiento de este paciente adulto que relata algo que le ha pasado a los ocho años, cuando padece una agresión y es golpeado. El paciente cuenta que en aquel momento siente que desaparece. Una voz que él escucha le dice que mire, y él ve a un niño. Al

rato, ve a ese niño como a él mismo desde afuera. Tendlarz habla de ese momento en el que el niño queda fuera de su cuerpo como un momento de desenganche del registro imaginario, diferente del desencadenamiento de la psicosis.

Es interesante relevar desde la viñeta original cómo se le ofrece el signo del abandono del cuerpo a Deffieux en el relato del paciente a distancia de tiempo: “Él dirá de esa paliza: “De ningún modo sé si sentí dolor”. Deffieux dirá de esta escena que: “no hará más que aumentar mis dudas sobre la estructura”. Al mismo tiempo el psicoanalista menciona como otras manifestaciones conducen sobre el mismo signo, cuales un “afecto discordante” del sujeto con respecto a lo acontecido y un repentino adelgazamiento que le sigue (Miller, 1999/2003a, p.205).

El psicoanalista Bernardino Horne, en un texto de Nieves Soria (2020b) publicado desde el 2015, relata un caso propio y lo adscribe a la psicosis ordinaria. Se trata de una consulta ya en la adultez, debida a una crisis por la caída de una nominación que lo había sostenido desde la niñez. El apodo del paciente desde niño era Marreta. Ese término portugués que designa un martillo usado para demoler paredes, refiere aquí a la fuerza de su puño. Horne relata que sus estudios transcurren exitosamente y que en el lazo social él es considerado un líder hasta la edad adulta, cuando un accidente provoca la caída de la nominación.

Efecto retorno sobre la psicosis ordinaria

En 2010 se publica en Argentina “Efecto retorno sobre la psicosis ordinaria” (Miller, 2015). El texto aborda el problema de la determinación de los signos para la psicosis ordinaria, pero no hace referencia específica a la infancia.

Mauricio Beltran (2018) recoge el desafío de una lectura de los signos millerianos a partir de la pregunta por si el concepto de psicosis ordinaria pueda extenderse a aquellas “manifestaciones sintomáticas en la infancia que difieren, incluso impiden, el posterior desencadenamiento de la psicosis [...]” (Beltran, 2018, p. 110). El título de su intervención al X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, organizado por la Universidad de Buenos Aires, es: “Signos discretos de la psicosis en la infancia”. En principio, explora algunos diagnósticos difusos que pueden recaer sobre la niñez, aún cuando el clínico advierta que la categoría diagnóstica convocada no responde cabalmente del cuadro. Refiere, al diagnóstico de Trastorno del Espectro Autista (TEA) y se pregunta “¿No se pierde acaso en esa categoría espectral lo que cada sujeto pone de sí, contra los apremios de lo real, para inventar anudamientos singulares? Ocasionalmente, en esta inventiva el sujeto logra desengancharse del goce del Otro para engancharse a su propio goce. En el mejor de los casos, el anudamiento producido difiere y releva al desencadenamiento.” (Beltran, 2018, p. 111).

Otras presentaciones en la clínica que el autor toma en examen, son las relacionadas con el signo discreto de psicosis según Lacan. Refiere al Seminario 3, en el que Lacan sostiene que, mientras en la neurosis nos encontramos con un significado anonadante, lo que tenemos en la psicosis es el anonadamiento del significante. Con eso, refiere a la falta del ordenador simbólico. A falta de eso, Lacan reconoce el remedio de las identificaciones compensatorias (Lacan, 1955-1956/2021b). Pero, Beltran insiste más sobre la falta de amarre en lo simbólico, a la que refiere Lacan en el mismo seminario, que sobre la solución de las compensaciones imaginarias: en cuanto esa falla de inscripción del significante implica una falta de ordenador para el sujeto, ya que lo simbólico establece lugares y diferencias; entonces Beltran propone que, en las consultas por tristeza u enojos inmotivados, habrá que tratar de entender, para el diagnóstico diferencial, si se trata de una posición de angustia frente al deseo o a los ideales del Otro u de “una vacuidad imposible de dialectizar” (Beltran, 2018, p. 111), aquí aludiendo a cómo Miller (2015) define la externalidad subjetiva. Otra mención que hace, en relación a las presentaciones clínicas en la niñez a interrogar, es al diagnóstico, tan difundido, de Trastorno de Déficit de la Atención con Hiperactividad (TDAH). Beltran propone interrogar las manifestaciones desafiantes, ya que “ (...) cuando el significante no logra cifrar el goce y enmarcarlo en una ficción” se producen “ conductas extrañas y erráticas junto con la transgresión de todos los límites” (Beltran, 2018, p. 111). Estas manifestaciones, sigue Beltran, determinan la actual eclosión del diagnóstico hacia los trastornos oposicionistas desafiantes; es necesario interrogar estas manifestaciones, para entender si hay ahí un cuestionamiento del Otro o estamos frente a la vacuidad del Otro.

Para finalizar Beltran retoma la diferencia entre el significante, que está en relación con otro significante, y el signo, al cual se lo encuentra sólo, aislado de la cadena. Dice que la escucha psicoanalítica tiene que hacer esta distinción, porque el signo es una señal para el analista. El signo se articula con el cuerpo, sigue el autor, y es preciso que el psicoanalista pueda leerlo, aunque no esté a él dirigido. Entonces, Beltran refiere a la lengua privada en la psicosis ordinaria, al invento de la lengua de la transferencia, mencionando un caso de Levrieve, publicado en francés, retomado en “La psicosis ordinaria” (Miller et al., 2020), el caso Ophelie, de una niña que le habla al psicoanalista imitando a un pato. El autor reporta el relato en el que, el psicoanalista, frente al parpear imprevisto de la niña pidiendo la hora, se pregunta, algo contrariado, por lo que hay que escuchar ahí, justo antes de contestar con un parpeo, a su vez, que son las nueve. Beltran sostiene que el juego construido sobre la lengua enmarca el desorden del cuerpo. Ya que el signo se relaciona con un elemento del cuerpo, el analista debe “fomentar, incluso rastrear” el punto de anudamiento entre la lengua de la transferencia y el cuerpo, eso va a servir de elemento ordenador para el sujeto.

“Una vez creada, esta ‘lengua de transferencia’ puede introducir una puntuación en el discurso desamarrado y metonímico de un niño. Se

consolida como un modo inédito de hacer lazo, el sujeto cede parte de la carga de su goce y se re-engancha a un Otro pacificado. Otro pacificado en tanto se presta al anudamiento particular de la lengua y el cuerpo.” (Beltran, 2018, p. 112).

Coordenadas sobre la psicosis ordinaria

El texto de Maleval (2020) al que aquí se hace referencia, como se dijo, sigue siendo el que más exhaustivamente trata el tema de nuestro interés: por cuanto éste no se proponga especificidad en relación a la infancia, sí es posible hallar en él distintos ejemplos de cómo el signo clínico aislado sea a veces rastreable en la infancia. En “Coordenadas para la psicosis ordinaria” (Maleval, 2020) la clasificación de los signos está organizada en torno a los tres registros, real, simbólico e imaginario. A su vez, los signos pueden señalar tanto un fallo del nudo, cuanto un remiendo de él. Unos capítulos a parte el autor los dedica a la clínica de las imágenes indeleble y al sinthome como anudamientos no borromeos.

En el registro de lo real, Maleval ubica el signo que llama “del rechazo o del abandono”. El sujeto adulto hace referencia a una escena de abandono vivenciada en la infancia. No hay casos de niñez, reportados por el autor, que puedan testimoniar de que la misma escena tomaba el mismo valor en la niñez, pero sí una referencia a escenas que remontan a la infancia.

En el mismo registro, en Maleval, encontramos los sacrificios salvadores. Entre ellos Maleval menciona el de los apotemnófilos. En esta ocasión se refiere a un caso de un paciente adulto que relata haber advertido la necesidad de perder un brazo desde los ocho años.

En el registro de lo simbólico, Maleval ubica los signos relativos a la inconsistencia del sujeto y a la fuga de sentido. Citando Minkowski (Maleval, 2020, p. 90) pone de manifiesto cómo el signo discreto de la inconsistencia y la vacuidad, aparecen también en la infancia, donde el marco del dispositivo parece ser lo único que detiene a un sujeto que parece resbalarse.

En el mismo registro Maleval ubica la fuga de sentido que puede manifestarse por la ruptura de la cadena significativa a través del goce de la letra. Entonces presenta un caso reportado por Brousse (cit. Por Maleval, 2020, p. 99) La paciente de Brousse se le presenta en edad adulta, pero en su relato aparece el invento, en la infancia, de una lengua singular con reglas específicas. El goce de la letra seguirá siendo un trato distintivo de la paciente, en la edad adulta. Maleval aquí aclara como no sea el invento en sí de una lengua lo que constituye signo de psicosis y el fenómeno tome aquí su relevo en el contexto del caso.

En el caso Pierre, en el relato del paciente ya no más niño, aparece el recuerdo de una pérdida de espontaneidad en relación con las palabras durante la infancia. Este índice de carencia de la significación fálica entra, según Maleval, en los fenómenos de fuga de sentido en el registro simbólico.

Entre los signos discretos relacionados con el registro de lo imaginario Maleval sitúa los deslizamientos imaginarios y los trastornos de la identidad. Los deslizamientos imaginarios refieren a dos signos: el abandono del cuerpo y el embotamiento afectivo. En relación al abandono del cuerpo Maleval retoma el ejemplo del paciente adulto de Deffieux (Miller, 1999/2003a) luego de ser golpeado a los ocho años. El mismo caso es, además, retomado ya en Tendlarz (2009).

Otro signo discreto relativo al registro de lo imaginario, es el signo del espejo. Es un signo que se caracteriza por dos fases: la autoscopia continua y el rechazo de ella.

Maleval trae un caso de un paciente adulto que declara que la autoscopia era un signo presente ya desde la niñez.

Siempre relacionado con el registro de lo imaginario, Maleval introduce el funcionamiento “como si”, ya teorizado por Helene Deutsch en los años '30. El autor refiere a un caso de una paciente encontrada en edad adulta cuyo funcionamiento “como si” era evidente ya desde la infancia, mucho antes del desencadenamiento ocurrido luego, en la adultez. En el relato del padre de la paciente emerge ya desde la niñez una suerte de dependencia desde el medio ahí donde la niña se conforma y adhiere a la compañía que frecuenta pasando a actuar bajo su influencia.

Además que diferenciar los signos discretos según el fallo al que refieren, como se dijo, Maleval distingue signos de psicosis ordinaria que dan testimonio de modos de estabilización. Una estabilización posible es por una imagen indeleble, otra posible se relaciona con el sinthome.

El autor se ocupa de la clínica de las imágenes indelebles en la psicosis ordinaria cual compensación a la falta del fantasma fundamental. En este contexto Maleval trae un caso de Morel (cit. Por Maleval, 2020, p. 171), Ven, paciente ya adulto, quien queda cautivado, a la edad de seis años, en cuanto niña biológica, por la imagen de un niño observado orinando de pie.

Otro caso traído por Maleval es el de Jaques, paciente de treinta años, en el cual se observa también que la imagen indeleble es tomada desde la infancia, cuando, a la edad de cinco años, le pide a su primo si puede tocar su sexo durante un baño.

El caso de Ven se presenta útil, además que como ejemplo de la clínica de las imágenes indelebles, también porque ejemplifica la segunda modalidad de signo de anudamiento, el sinthome. La solución aquí también es encontrada en la edad adulta y armada durante el tratamiento (la solución transexual de la que habla Maleval, como una modalidad de sinthome que no es la única). Sin embargo, en el relato del paciente se

evidencia una continuidad con la infancia, en cuanto la idea de querer un pene y la captación de la imagen cautivadora para el ideal del yo, la de un niño que orina de pie, son presentes ya desde la niñez.

A propósito del sinthome transexual Maleval trae otro ejemplo de una transición del sexo masculino al femenino que se da en la adultez. Sin embargo, la paciente pone de manifiesto que la pertenencia al otro sexo es deseada desde la niñez. Eso da pie a que pueda leerse el caso según el signo del empuje a la mujer, que Maleval cuenta entre los signos de psicosis ordinaria, en presencia de ciertas condiciones, adscribibles a las fallas en lo real e inherentes al goce.

Desarrollo metodológico

El presente trabajo reúne la literatura psicoanalítica sobre la psicosis ordinaria respetando determinadas condiciones. Los fragmentos y recortes provienen de la literatura sobre el tema publicada en Argentina o disponibles en la WEB y se han reunido bajo la condición de referir a la psicosis ordinaria de forma explícita y a sus signos, presentes en el rango etario de la infancia.

En primer lugar, se han buscado en la literatura los signos de psicosis ordinaria en la infancia. No habiendo literatura específica en tal sentido, se ha buscado en la literatura y la casuística validación de los signos de Miller y Maleval a través de sus menciones con respecto a la clínica de la infancia.

A su vez se ha prestado atención a las referencias que pudieran aparecer adscribibles la primera infancia, tomando como referencia para la primera infancia las etapas del desarrollo psicosexual de Freud (1949/2013) que van del nacimiento hasta la latencia, o sea aproximadamente hasta los cinco, seis años, y como segunda infancia el periodo de la latencia hasta el comienzo de la pubertad, o sea aproximadamente desde los seis años hasta los doce, trece años. Esta repartición tiene un valor heurístico ya que no se han vuelto necesarias mayores reparticiones según etapas del desarrollo infantil más específicas.

Las viñetas clínicas y las menciones a los signos de psicosis en la niñez relativas a “Los inclasificables de la clínica psicoanalítica” y “La psicosis ordinaria”, textos *grosso modo* anteriores a la sistematización de signos de psicosis ordinaria, se han introducido en la cronología presentada si correlativos a una psicosis no manifiesta; las mismas viñetas o menciones se han introducido también en el caso en que fueran, de todos modos, retomadas en obras posteriores haciendo referencia a la psicosis ordinaria y a sus signos en la niñez, como teorizado por Miller y Maleval.

Cuando un caso presente en la literatura sobre el tema es retomado por otros autores con posterioridad, se ha preferido exponer el caso en las segundas publicaciones, para dar cuenta de la circulación de las referencias evitando repeticiones. Sin embargo, han podido ser retomadas las otras menciones, en la misma sede, si útil.

La literatura ha sido, entonces, reunida, desde un enfoque cualitativo, buscando los signos de Miller y Maleval en la literatura y la casuística analíticas, inherente al período de la infancia.

Se han utilizado los siguientes buscadores y repositorios institucionales entre otros: Google Académico, Scielo, Redalyc, PubMed, Repositorio Institucional del CONICET, Instituto de Investigaciones Gino Germani.

Las palabras clave usadas han sido: psicosis ordinaria y infancia o niñez o niños o niño.

El idioma, el español.

Por otros canales, cuales búsquedas en librerías, sugerencias de expertos, se han encontrado textos editados en Argentina que abordan el tema de la psicosis ordinaria si bien parcialmente, por tratar, por ejemplo, de la psicosis en la infancia en general y dedicar algún apartado a la psicosis ordinaria en la infancia; o bien se han encontrado textos sobre psicosis ordinaria, dedicando un cierto espacio a la infancia. Se ha realizado entonces una lectura de los textos para seleccionar aquellos que reunieran todos los criterios de selección: psicosis ordinaria, infancia y signos discretos o índices que fueran reconocidos y diversamente nombrados en los textos.

Se han buscado textos que refirieran a los signos de Miller en la literatura y casuística sobre la infancia, tanto sobre la primera como sobre la segunda infancia. Luego, de la misma manera, para los signos de Maleval, se encontraron referencias en la literatura sobre primera y segunda infancia, además de las que aporta él mismo. En relación a los signos de Maleval, ha parecido redundante agregar que estos no invalidan los de Miller u intentar traducir los unos por los otros. Por lo tanto, del texto de Maleval, no se ha repetido, para cada signo encontrado en la infancia, cuál signo de Miller éste podría validar.

No habiéndose encontrado fragmentos sobre la primera infancia, se han agrupado los textos según validaran los signos de Miller y los de Maleval con respecto a su presencia en la segunda infancia. Asimismo, cabe destacar que los signos encontrados en la literatura son en su casi totalidad recolectados a distancia de tiempo. Solo gracias a dos casos es posible recolectar los signos de psicosis ordinaria por Miller y Maleval directamente en la infancia.

El enfoque ha sido exclusivamente exploratorio, salvo que para el último aporte, ya que, para concluir, se ha aportado un relato de un caso original de un paciente de 12 años, apuntando a individuar, en las sesiones clínicas, algunos signos de psicosis ordinaria en la infancia tal como teorizado por Miller y Maleval. En este caso puede decirse que el enfoque aplicado es descriptivo en relación a tales signos.

En cuanto a las referencias encontradas en la literatura y la casuística, éstas pueden resumirse en las siguientes tablas; una es relativa a los signos de Miller validados en la literatura sobre psicosis ordinaria en la infancia, la otra muestra los signos de Maleval validados por la misma literatura. Las referencias aparecen por año de publicación del texto, los textos son todos en español y publicados en Argentina o en la red. En cada uno de ellos, pueden encontrarse una o más referencias a los signos discretos de psicosis ordinaria en la segunda infancia.

Tablas de los resultados y discusión

Los signos de Miller en la literatura publicada en argentina

Publicación	Externalidad social	Externalidad corporal	Externalidad subjetiva
Los inclasificables de la clínica psicoanalítica (Miller et al. 2010)	“Se pega” al padre”		Identificación al objeto <i>a</i>
Los inclasificables de la clínica psicoanalítica (Miller et al. 2010)	Compensación imaginaria		
Los inclasificables de la clínica psicoanalítica (Miller et al. 2010)	Excluido de lo social	Su cuerpo desliza en una media	
	Identificación con dibujo animado		
Confinos de la psicosis (Soria, 2020a)		Desenganche de lo imaginario	
Psicosis lo clásico y lo nuevo (Tendlarz, 2009)	Niño de coro como nominación		
Psicosis lo clásico y lo nuevo (Tendlarz, 2009)		Abandono del cuerpo	
¿Ni neurosis ni psicosis? (Soria, 2020b)	Apodo que nomina		
Signo discreto de la psicosis en la infancia (Beltran, 2018)	Repliegue en sí mismo	Expedientes para ceñirse al cuerpo	Una tristeza relativa a una vacuidad no dialectizable

Los signos de Maleval en la literatura publicada en Argentina

Publicación	Real	Simbólico	Imaginario	Imagen indeleble	Sinthome
Los inclasificables de la clínica psicoanalítica (Miller, 1999/2003a)	Identificación al objeto <i>a</i>		Adhesión al padre		
Los inclasificables de la clínica psicoanalítica (Miller, 1999/2003a)			Identificación imaginaria		
Los inclasificables de la clínica psicoanalítica (Miller, 1999/2003a)	Miedo a los demás, como goce del otro.	Incapacidad de escribir , deslizamiento del sujeto	Identificación a un dibujo animado		
			La calza para ceñirse a su cuerpo		
Los inclasificables de la clínica psicoanalítica (Miller, 1999/2003a)				Una escena inolvidable en la infancia	

Publicación	Real	Simbólico	Imaginario	Imagen indeleble	Sinthome
Confinos de la psicosis (Soria, 2020 a)			Se desplaza la rodilla como desenganche de lo imaginario		
Psicosis lo clásico y lo nuevo (Tendlarz, 2009)					Niño de coro
Psicosis lo clásico y lo nuevo (Tendlarz, 2009)			Abandono del cuerpo		
			Embotamiento afectivo		
¿Ni neurosis ni psicosis? (Soria, 2020b)					Nominación "Marreta"
Signo discreto de la psicosis en la infancia (Beltran, 2018)	Enganche sobre el propio goce, como goce en exceso	Anonadamiento del significante como ruptura de la cadena			
	Inventos para ceñirse al cuerpo	Caso Ophelie, goce de la letra			
Coordenadas sobre la psicosis ordinaria (Maleval, 2020)	Escena de abandono vivenciada en la infancia				
Coordenadas sobre la psicosis ordinaria (Maleval, 2020)	Apotemnofilia, como excesiva presencia del objeto <i>a</i>				
Coordenadas sobre la psicosis ordinaria (Maleval, 2020)		Invento de una lengua, goce de la letra			
Coordenadas sobre la psicosis ordinaria (Maleval, 2020)		Pérdida de espontaneidad del lenguaje como vacuidad del sujeto			
Coordenadas sobre la psicosis ordinaria (Maleval, 2020)			Autoscopia como signo del espejo		
Coordenadas sobre la psicosis ordinaria (Maleval, 2020)			Funcionamiento "como si"		
Coordenadas sobre la psicosis ordinaria (Maleval, 2020)				Imagen cautivadora a los seis años	Transexualismo deseado desde la infancia

Publicación	Real	Simbólico	Imaginario	Imagen indeleble	Sinthome
Coordenadas sobre la psicosis ordinaria (Maleval, 2020)	Discreto empuje a la mujer				

Discusión sobre los resultados de la búsqueda

Luego de haber ilustrado los signos de psicosis ordinaria de Miller y Maleval, el primer objetivo aquí perseguido es avalar su validez para la infancia a través de sus menciones en la literatura y en la casuística específicas.

Ambas formulaciones de signos se muestran suficientemente avaladas para la infancia a través de numerosas menciones u de su historia.

En relación con los signos de Miller, a través del escrito de Beltran (2018), se muestra como las tres externalidades pueden leerse en las presentaciones clínicas frecuentes en la infancia: hiperactividad y excesos, tristezas, aislamientos, expedientes proporcionados por la moda y la tecnología, inventos para ceñirse al cuerpo. La lectura del signo, dice Beltran, depende de su función.

Como se observó, las identificaciones imaginarias y el signo del abandono del cuerpo tienen más larga historia en la literatura lacaniana sobre la psicosis y aparecen en la literatura específica de la infancia ya antes de las formulaciones de Miller sobre los signos para la psicosis ordinaria. El signo de la externalidad social, que comprende las identificaciones imaginarias, también refiere, en Miller, a una nominación social. En cambio, Maleval distingue la identificación imaginaria de una nominación que lleva al sinthome.

En cuanto a las formulaciones sobre los signos de Maleval, también se encuentran sus signos inclusive con anterioridad a las mismas. Vale cuanto se dijo a propósito del signo del abandono del cuerpo y al comportamiento “como si”; lo mismo vale por el sinthome y por el exceso de goce, también ya teorizados por Lacan. Además, anteriormente a las formulaciones de Maleval, se encontró la referencia a una escena inolvidable, que remite al signo de la imagen indeleble. Asimismo, vale notar la referencia a la cadena rota y al goce de la letra a los cuales Miller no hace referencia, limitadamente a su formulación de signos discretos.

En “Coordenadas sobre la psicosis ordinaria” (Maleval, 2020) son muy numerosas las manifestaciones que el autor menciona en relación a los signos en los tres registros. No tan numerosas son las sobre la infancia, pero las hay.

Sin embargo, cabe observar que la casi totalidad de los signos hallados en la literatura son tomados a distancia de tiempo, lo cual, como afirma el autor mismo

(Maleval, 2020), puede en cierta medida dejar lugar a la objeción que el signo mencionado sea atribuido a la infancia de manera retrospectiva.

Especialmente con relación a algunos signos esto se vuelve más evidente. En el caso de una escena inolvidable presenciada por el paciente cuando era niño, por ejemplo, no es posible inferir si la idea de hacer el amor, que nace a raíz de la escena, no se la haya asociado sólo retrospectivamente a la escena infantil.

A tal propósito Maleval dice que las imágenes indelebles muy a menudo son tomadas de la infancia. Sin embargo, resulta complicado leer sus efectos en la infancia misma, ya que estas imágenes “parecen ser movilizadas en la pubertad, cuando surgen las cuestiones relacionadas con el deseo” (Maleval, 2020, p. 198). O sea que, si bien haya ejemplos de imágenes indelebles relacionadas con la infancia, resulta más difícil observar los despliegues a partir de esas en la misma clínica de la infancia, ya que su elección suele ser posterior.

Lo mismo puede afirmarse para los casos en los que se habla del logro del *sinthome*, pero a propósito de pacientes adultos. El caso de Ven es un ejemplo de ésta limitación porque, a partir de la imagen indeleble rastreada en su infancia, un niño que orina de pie, él logra, en la adultez y gracias a la dirección de la cura psicoanalítica, construir un *sinthome*; no es posible decir que la misma imagen haya tenido en la niñez del paciente la misma función.

Como ya puesto de manifiesto, en relación a la discriminación de signos relativos a dos distintos tiempos de la infancia, no aparecen en la literatura examinada referencias a la primera infancia, todas las menciones refieren a la segunda infancia.

En relación al segundo objetivo, el de hacer acopio de manifestaciones clínicas de signos de psicosis ordinaria, a través de la casuística relativa a pacientes en tratamiento en la niñez, se dirá que se han encontrado muy pocos casos que reúnan estas condiciones. La importancia conferida a la casuística de la infancia estriba con la posibilidad de traer ejemplos de la lectura contingente del clínico con respecto a sus manifestaciones.

Solo se encontraron dos casos de dos niñas. Un primer caso, encontrado en “Los Inclasificables de la clínica psicoanalítica” (Miller, 1999/2003a), “una niña mortificada”, concierne a una niña de 11 años. Un segundo caso, es el reportado por Beltran (2018), el caso Ophelie -ya presente en “La psicosis ordinaria” (Miller, 1999/2003b)- quien establece con su analista la lengua de la transferencia.

Limitaciones

Como ya mencionado, las limitaciones fundamentales del presente trabajo se vinculan con que las referencias en la literatura se relacionan exclusivamente con el constructo de la psicosis ordinaria y con que la búsqueda se limita al idioma español y a publicaciones argentinas. Además, los signos se rigen sustancialmente por las dos

formulaciones mencionadas, dejando a veces fuera del criterio de inclusión otras manifestaciones significativas, valga como ejemplo el de las neoconversiones, que aparecen en “La psicosis ordinaria” (Miller, 1999/2003b) como enganche al cuerpo. Asimismo, no siendo las formulaciones exclusivas para la infancia, no aparecen índices también considerados con una cierta relación, aunque no necesaria, a la psicosis en la infancia, manifiesta o no; es lo que aparece en el primer caso mencionado, el de la niña que se encuentra como objeto a en el fantasma materno. A propósito del mismo caso, se mencionara una última limitación más. A la psicoanalista que relata el caso, como una psicosis no desencadenada, se le pregunta, en la discusión clínica, por la certeza o meno de esta posición en el diagnóstico. En suma, los confines suelen desdibujarse, a veces, y los criterios de inclusión traen cierto margen de imprecisión y exclusiones que abrirían a nuevos valiosos aportes.

Caso clínico

Introducción

En el siguiente trabajo se sostiene la hipótesis que sea posible reconocer, en el paciente observado, los signos teorizados por Miller y Maleval con respecto a la psicosis ordinaria. En primer lugar, se encontrará el material clínico sobre un paciente de doce años, recogido a lo largo de tres momentos distintos: 1) primera observación de una sesión con su psicóloga 2) encuentro de comisión con la psicóloga a cargo; 3) segunda observación del paciente durante su tratamiento. Luego, se intentará una lectura por los relativos signos. Finalmente, se intentará fundamentar la lectura de los signos.

Primera observación en sesión

El paciente trabaja en la peluquería de su familia. La psicóloga le va haciendo preguntas puntuales sobre lo que aprendió. Como ella le había explicado que mi presencia ahí era debida a mi necesidad de aprender, cuando entro hablaban de como en su peluquería también él había tenido que aprender.

En su actitud, se destaca una cierta peculiaridad, un esfuerzo de la atención, una ralentización en el habla, como si estuviera luchando para no perder el hilo del discurso.

Mientras tanto la psicóloga le hace preguntas puntuales sobre lo mucho que ha aprendido, y él lo relata, coherentemente. A veces sin embargo yo pierdo el hilo y la psicóloga también, porque le pide que reformule. Entonces él rearma la frase. En sus relatos, preguntado por sus aprendizajes, entonces aparece la figura del padre quien se los ha transmitido. Por eso ahora es capaz de trabajar con la caja. Él le ha enseñado a manejar el dinero. Cuenta cómo ha cambiado su manejo de los billetes con la inflación. Entiendo que su padre ha muerto, pero el sujeto habla de él en presente, como si estuviera vivo. Preguntado, el adolescente explica con detalle cómo se mantiene la caja, cómo aprenden los peluqueros, cómo en la otra peluquería cambian de peluquero todo el tiempo y al final son siempre practicantes los que están en la peluquería cortándote el pelo. En un momento, para decir algo, el paciente cierra los ojos por unos cuantos segundos, se mantiene con los ojos cerrados como en un esfuerzo para seguir diciendo. También, cuando habla, el manejo de la mirada es algo peculiar: a veces se queda ratos largos sin mirar a su interlocutor.

Hacia el final, muestra unos de los dibujos que hace y que suele compartir en sesión, dibuja en pixeles con extrema precisión. El paciente hoy había llegado tarde, se dan cita para la próxima semana.

Encuentro de comisión

El caso fue traído a Comisión y pude saber mucho más por la presencia de la psicóloga a cargo.

El paciente tiene 12 años, hace dos años muere el padre y la madre consulta un año después de esa muerte que debe haber sido de impacto muy duro por lo que relata ella, o sea el tipo de enfermedad y por los cuidados paliativos en casa. La madre habla de esos hechos sin mostrar afecto. No se ubica en la madre claramente el motivo de consulta, aunque si, en algún momento, ella menciona que es porque él le miente. Ya que el paciente necesita trabajar por eso de la muerte del padre, pasa muchas horas en la peluquería y el resto del tiempo solo en casa. Sin embargo, una vez que sale al parque con amigos, la madre le reprocha mucho no haber avisado. Ella es muy desordenada y se pierde todo el tiempo. Al principio él no sabe por qué viene, “donde la madre lo pone se queda”. Llega tarde, no avisa cuando llega, no registra, se queda dormido en la sala de espera y en el consultorio. En eso progresa, cuando la psicóloga le pide que avise cuando llega a la sala de espera, entonces puede así tener su sesión.

Es difícil armar la historia del chico con la madre. Estuvo diecinueve años en pareja, que es la edad de una hija mayor. Esa hermana pasa mucho tiempo en casa, aunque ya no viva ahí, y es una referencia importante para el paciente. Él nace siete años después que su hermana, fue buscado. Su padre vivía en situación de calle y ella lo había ayudado. La madre relata los hechos con distancia emocional. Lo trae a su hijo porque siente que él lo necesita, mientras su hermana busca tratamiento sola.

Sobre el motivo por el que la madre lo trae a consulta, él dice que la muerte del padre lo afectó mucho al principio y estaba tirado en la cama, pero después empezó distintas actividades que lo ayudaron a salir y no pensar. También dice que a un año de la muerte festejaron en el cementerio. Hay cosas que no habla con su madre. “Qué cosas?”. No sabe. En el primer mes trae escenas de choque con su madre, la madre dice que él miente, se arma embrollo. La psicóloga ubica la mentira como resultado de la alteración de la madre. Le ha tenido que mentir para evitar su enojo.

Él cuenta sobre su padre, sobre las muchas cosas que hacían juntos. Guarda una camiseta del cuadro de fútbol de los dos. Tiene ámbitos, como la colonia y el deporte, en los que hace amigos, mientras en el consultorio se lo veía como muy perdido.

La psicóloga avala eso que él dice: que ahora está bien. Trabaja en la peluquería, su vida está muy armada. Al final del año pasado, pasaba mucho tiempo en la peluquería. Después de la vez que se fue al parque sin avisar, la madre lo obliga a quedarse, desarmando todo lo construido por él. La psicóloga intenta acordar maneras que le permitan ir y volver, diciéndole que debe darle aviso a la madre. Él toma eso y cuenta que pudo irse una hora con sus amigos. La psicóloga empieza a apostar a que su

desorganización sea algo puntual y a ayudarlo con eso, como cuando le dice que avise cuando llega al consultorio, y él lo hace. Al final del año pasado se había ido con la familia unos meses a Perú. La psicóloga le da un turno para la vuelta, en marzo, y él vuelve. Es un chico buscado en sus círculos. Cuando vuelve su discurso es inentendible, entonces la psicóloga le hace preguntas, y el discurso se va organizando.

Puede arrancar bien en la escuela, una escuela técnica, donde tiene talleres en los que logra responder a las demandas. La psicóloga le pregunta si le gusta la técnica de dibujo pixelada, y él le explica la técnica.

En otro momento del tratamiento la madre lo va a buscar y no lo encuentra porque él había hecho otro camino, el que hace su hermana. La madre se enoja y él le contesta que no es verdad que se iba por cualquier lado, como sostiene la madre, sino que había hecho otro camino. Cuando la psicóloga interviene diciendo que cada uno tiene su camino, la madre reacciona muy fuertemente, no tolerando la intromisión.

Esta primera observación concluye con unas acotaciones. Me dejó reflexionando sobre esta primera impresión del paciente, este esfuerzo para estar conectado con su relato. En otro momento me pareció que el relato saltara de un punto a otro con poca conexión. También ha ocurrido, durante la sesión, que alguna frase se volviera confusa, lo cual es algo de que la psicóloga da cuenta refiriéndose sobre todo al comienzo del tratamiento o al momento posterior a su suspensión por el viaje a Chile. Dice que en esos momentos sus frases no eran comprensibles. También me pareció, por el relato de la psicóloga, que hay mucha intromisión de la madre y necesidad de control de ella y que fuera de eso a veces al sujeto le resulta costoso recortarse su espacio.

Segunda observación en sesión

La conversación empieza sobre las tareas escolares. En particular los talleres, de carpintería, electricidad, hojalatería. Tienen que hacer un farol, en sus distintos componentes. Su padre le ha enseñado sobre carpintería. La psicóloga le pregunta cómo se conocieron sus padres. Dice que fue en un boliche, a su madre le gustó porque sabía hacer muchas cosas. Dice que su padre ya tenía otro hijo cuando la conoció. Después los tuvo a su hermana y a él. "Son tres". La psicóloga entonces le pregunta por eso: "¿cómo: son tres?". "Mi hermanastro, mi hermana y yo".

Cuando la psicóloga le pregunta por los orígenes de los padres, responde que su padre vino de Salta y su madre es peruana. La psicóloga le pregunta por la enfermedad del padre. Cuenta las distintas fases. Pensaban que fuera un dolor debido a la postura en el trabajo como peluquero, por estar siempre parado. Pero cuando fueron al médico, descubren que era un cáncer. Él estuvo esperando que se mejorara, hacía radioterapia.

En la escuela lloraba por no saber si su papá se iba a mejorar. Hubiera querido que algún profe le preguntara, nadie le preguntó. Cuando su padre empeoró lo mandaron a Salta, él hubiera querido quedarse, aunque sufriera mucho, “había gritos de dolor en la casa”. Murió en el hospital. Él volvió e insistió, quiso verlo. Estaba muy distinto, como alguien que no come hace mucho tiempo. “Dicen que así es el cáncer...” Lloró mucho.

En séptimo pudo volver a centrarse en el estudio.

La psicóloga interviene sobre la cuestión que él hubiera querido quedarse con su padre “Fue muy duro, tu madre lo hizo para protegerte”.

Siguen apareciendo patrones desde la sesión anterior. Uno es que se pierde la coherencia de algunas respuestas: le gusta/no le gusta ir a Salta, no queda claro. Pero en el devenir del discurso va armando frases menos confusas.

Ir a Perú quizás no le guste por la lengua. La psicóloga le pregunta si no les entiende el español, cuando va a Perú. Dice que no, por algunas palabras que son distintas. Pero después rescata un recuerdo de Perú, un primo que le enseñó a bucear y eso le gustó. Los recuerdos de Salta están relacionados sobre todo con el padre, con las muchas cosas que hacen en Salta. Aquí la psicóloga, notando que habla de su padre en presente, le pregunta “¿cómo: hacemos?” Entonces él hace una pausa y cuando retoma el relato sobre el padre, resigna el tiempo presente.

En un momento la psicóloga le avisa al paciente que tiene que atender un mensaje importante y hace una interrupción muy breve (poco segundos) durante la cual el adolescente cierra los ojos y se desliza de forma rápida y progresiva en estado de sueño, como si se apagara. Cuando la psicóloga le vuelve a hablar disculpándose por la interrupción, él abre los ojos y despierta y puede retomar su relato con ayuda de la psicóloga sobre el punto de la conversación.

También se destacan dos momentos en el diálogo:

Psicóloga: ¿No te gusta así el pelo?

Sujeto: Sí, me gusta.

Psicóloga: Dijiste que hoy no está bien.

Sujeto: Es que no me peiné, hoy sólo me faltó peinarme.

Psicóloga: ¿Y cómo es cuando lo peinas? ¿Cómo te gusta?

Sujeto: Me lo peino hacia atrás y después dejo que caiga a los costados.

En otro momento, el paciente dice que acaba de cortarse el pelo como quería su madre. La psicóloga le pregunta cómo lo hubiera querido él. Él dice que no lo sabe, porque estaba apurado aquel día, no tuvo tiempo de pensarlo, entonces se lo dejó cortar como le gustaba a ella. La psicóloga vuelve a preguntar cómo sería el corte si lo hubiera podido elegir él y se lo deja describir, cuando finalmente el sujeto accede.

También noto una vez una ecolalia, la boca que por un instante sigue moviéndose después de haber terminado la frase, que es algo que la psicóloga me había relatado, pero no se lo había notado todavía.

Sin embargo, con respecto a la vez anterior, se lo ve hablar con menos esfuerzo; hoy, se ve un sujeto que logra mayormente “engancharse” con su discurso. Por ejemplo, cuando el relato se vuelve, por la pregunta de la psicóloga, sobre la enfermedad del padre. Ella apoya los codos sobre el escritorio, eso provoca un acercamiento hacía él. Él logra un relato sobre las distintas etapas, sus sentimientos y deseos, más allá de que en su relato las vivencias emocionales resulten desvitalizadas. Es una impresión mía que la psicóloga a cargo avala con un comentario, hecho en otro momento: “con ese paciente debo ser yo quien expresa las emociones”. La demostración de eso, se la nota en particular cuando refiere que ha sido difícil la escuela, por su preocupación. Él dice que no tenía en su cerebro las materias escolares en ese momento, sino la enfermedad de su padre y la impresión que da es que cuando habla de su cerebro refiere a una caja de hojalata que debería contener cosas como las materias de la escuela, pero que en aquel momento contenía otras, cómo la preocupación por su papá.

Lectura del caso según los signos de Miller y Maleval

El caso escogido nos permite aplicar a la clínica los signos formalizados de forma específica para la psicosis ordinaria. La primera observación que puede hacerse es que los signos de Miller son aquí de más difícil aplicación, con respecto a los de Maleval. La externalidad social en su forma negativa y positiva no aparecen de forma nítida; lo mismo puede decirse de la externalidad corporal. Con respecto a la externalidad subjetiva, puede observarse una cierta vacuidad, vaguedad, en el discurso del paciente, sin embargo el signo malevaliano relacionado con la falla en el armado de lo simbólico parece dar cuenta más rotundamente de los fenómenos observados.

Como se dijo, Maleval titula el capítulo sobre los fallos de lo simbólico “inconsistencia del sujeto y fuga de sentido” y aclara que, una de las maneras en la que este signo puede leerse, es por unas rupturas discretas de la cadena significante, debida a una falla en la significación retroactiva. Aquí es posible observar, en distintas ocasiones, una defluencia del discurso que sale de su cauce y parece vagar sin llegar a destino certero. Como se dijo, el paciente pierde el hilo produciendo frases confusas o, a

veces, lo mantiene, pero con un visible esfuerzo de voluntad y atención. Sin embargo, la vacuidad y la falta de orientación a las que refiere Maleval, también son observables en los momentos en los que, sin que se presenten rupturas formales en la cadena, el sujeto no sabe decir qué prefiere, qué le gusta, por ejemplo dejando la decisión a la madre, y accediendo a tomar una posición en el asunto sólo tras de la insistencia de la analista.

El otro signo que Maleval adscribe a lo simbólico, como se dijo, es el goce de la letra. El caso nos muestra una de sus facetas, “ciertas intrusiones fugaces de palabras parasitarias en el pensamiento” que dejan al descubierto la dimensión de la letra, donde no aparece el significante en su valor diferencial sino como “objeto real, aislable” (Maleval, 2020, p. 97); en tal sentido podría leerse el signo nimio de las fugaces ecolalias que se pudieron observar.

Este último signo, en su dimensión de goce, nos remite al registro de lo real. Como se dijo, Maleval no ofrece en ese registros ejemplos específicos para la clínica con la infancia, sin embargo refiere a la falta de extracción del objeto a teorizada por Lacan en “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”, ahí donde la falta de extracción de tal objeto “deja subsistir un goce excesivo e inquietante” (Maleval 2022, p. 59) En la psicosis ordinaria, ahí donde no aparecen voces u otros fenómenos alucinatorios, esa presencia se torna menos persecutoria con respecto a la psicosis manifiesta. La operación fallida de cesión del objeto a podría pensarse, en la especificidad de la clínica con la niñez, también para los objetos de la pulsión, el oral, el anal, el escópico y el invocante (Lacan, 1962-1963/2021d). En tal sentido podría leerse, entonces, el trato peculiar que el niño aquí observado tiene con la mirada, en los momentos descritos en los que necesita huir de ella, sustraerse, evitando mirar a su interlocutor por ratos consistentes.

En relación con las fallas operantes en el registro de lo imaginario, no se pusieron de manifiesto especialmente signos de identificaciones imaginarias o de abandono del cuerpo, pero sí un achatamiento de la esfera emocional que podría leerse con el signo del embotamiento afectivo del que habla Maleval.

“Son tres”, los hijos de mi padre

En relación con el caso aquí presentado, se ha observado, a nivel de lo simbólico, el signo de unas rupturas discretas de la cadena significativa. Al mismo tiempo, se ha hecho referencia a Maleval (Maleval, 2020) cuando evidencia en las defluencias del discurso la falta de amarre del significante amo funcionando retroactivamente. Se intentará ahora fundamentar como el equívoco del niño en la frase reportada se relacione con el signo de Maleval de una ruptura discreta de la cadena significativa y sus correlatos.

En el Seminario 17 Lacan (Lacan, 1969-1970/2024a) en el capítulo sobre el campo lacaniano, el campo del goce, a propósito del rasgo unario, lo pone en relación con la repetición, dice que “[...] la repetición es una denotación precisa” del rasgo unario y que éste se presenta como “un palote, un elemento de la escritura, un rasgo en tanto conmemora una irrupción de goce” (Lacan, 1969-1970/2024a, p. 82).

Siempre en relación con el significante amo, Lacan va a decir que “[...] su función eventual es representar a un sujeto para cualquier otro significante” (Lacan, 1969-1970/2024a, p. 93). Asimismo, agrega Lacan, el sujeto está ahí “[...] representado, sin duda, pero también no está representado. En este nivel hay algo que permanece oculto en relación con este mismo significante” (Lacan, 1969-1970/2024a, p. 93).

Resumiendo, si Maleval (2020) reconoce en las rupturas de la cadena, discretas, la falta de amarre del significante amo, Lacan dice que el mismo rasgo se repite y que representa al sujeto para todo otro significante. Ahí el sujeto, agrega, aparece y se borra.

A propósito del aparecer y borrarse del sujeto al mismo tiempo, en el Seminario 11, Lacan (Lacan, 1964/2022c) se ocupa de ilustrar dos operaciones “[...] en la relación del sujeto con el Otro” (Lacan, 1964/2022c, p. 216). A propósito de esta relación, afirma que no se puede no integrarla tanto al fantasma como a la fórmula que anuda la demanda y la pulsión. Las dos operaciones, a las que refiere aquí, son la alienación y la separación. A propósito de la alienación pondrá de relieve la función del *ve/* alienante. “La alienación consiste en ese *ve/* que condena [...] al sujeto a sólo aparecer en esa división [...] si aparece de un lado como sentido producido por el significante, del otro aparece como *afánisis*” (Lacan, 1964/2022c, p. 218).

Lo que importa resaltar es también la importancia que Lacan le confiere a la noción de intersección relativa a la segunda fase, la de la separación, Lacan va a decir que “[...] el sujeto encuentra una falta en el Otro, en la propia intimación que ejerce sobre él, el Otro con su discurso” (Lacan, 1964/2022c, p. 222); es en los intervalos del discurso del Otro cuando el niño pasa por la pregunta “[...] *Me dice eso, pero ¿qué quiere?*” (Lacan, 1964/2022c, p. 222).

Lacan, además habla de este intervalo como de la guarida del deseo. “El sujeto aprehende el deseo del Otro en lo que no encaja, en las fallas del discurso del Otro [...] para responder a esta captura, el sujeto, [...] responde con la falta antecedente, con su propia desaparición, que aquí sitúa en el punto de la falta percibida en el Otro. [...] Una falta cubre a la otra.” (Lacan, 1964/2022c, p. 222).

En el Seminario 6 (Lacan, 1958-1959/2021c), Lacan dedica un capítulo al sueño de la pequeña Anna donde encontramos nuevamente la referencia al grafo y a la cadena reprimida. “Anna Freud, Er(d)beer, Horchbeer, Eier(s)peis, Papp” (Lacan, 1958-1959/2021c, p. 75) -son las palabras de Anna dormida.

Luego Lacan refiere a las dos cadenas superpuestas del grafo y se pregunta si el sujeto Anna se coloque en el primer piso, respondiente a la cadena de la demanda, relacionada con el enunciado, o en el segundo, relacionado con la enunciación.

Para nuestros fines, nos interesa destacar la diferencia, entre los dos pisos, del yo del enunciado y el yo de la enunciación.

Soler los diferencia muy bien. A propósito del sujeto del enunciado lo llama “[...] enunciador, puesto que no tienen la palabra *je*” (Soler, 2016, p. 33) en español.

En “Interpretar al niño” (Miller, 2015b) Miller retoma el posicionamiento del niño entre enunciado y enunciación haciendo referencia al sueño de Anna Freud; ya que la niña se anuncia a través de su propio nombre, Miller hace referencia a una distinción entre los dos yo, todavía no alcanzada. Miller refiere también al ejemplo que Lacan da tanto en el Seminario 6 cuanto en el Seminario 11. Él del niño que dice: “*somos tres hermanos, Pablo, Ernesto y yo*” (Lacan, 1958-1959/2021c, p. 85). Miller (Interpretar al niño), dirá que tanto en el sueño de Anna, cuanto en este ejemplo, el sujeto no “se resta de la cuenta, [...] tiene que restarse” para no figurar en el espectáculo del mundo (Miller, 2015b, p. 37), pero todavía no lo hace. “[...] podemos oponer el uno que se cuenta en la colección de los que tienen este predicado [ser hermanos], al uno solo que es un uno que se resta de la cuenta, que tiene que restarse, que no figura en el espectáculo del mundo” (Miller, 2015b, p. 37).

La pregunta que aquí se presenta es si el enunciado de nuestro joven paciente, “son tres” -los hijos de su padre- no pueda leerse de forma análoga en términos de no separación, entre el enunciado y la enunciación, entre el sujeto y la cadena del inconciente, entre los dos unos o los dos yo. Con menos aproximación puede decirse que en el paciente aquí objeto de nuestra observación, lo que no aparece en el enunciado, es el “somos” tres, -los hijos de mi padre. Esta persona verbal le hubiera permitido reflejar lo que aquí hubiera sido el *je* del enunciador. El *je* marca su ausencia. El *je* que se inscribe en el nosotros, los que tienen el mismo predicado, pero luego se resta del conjunto de los hermanos, en cuanto enunciador, sujeto de la enunciación.

En la misma línea, observemos, con Soler, lo que pasa en el caso en el que no haya sujeto barrado y cadena significativa reprimida. La autora refiere al Uno “[...] sin intervalo, sin el S1-S2” o sea un S1S2 (Soler, 2016, p. 37). Soler sostiene que el intervalo se manifiesta en la pregunta del niño por el deseo del Otro. Entonces, Soler aclara que la falta de intervalo se relaciona con la holofrase; el sujeto holofraseado aparece cuando no hay sujeto barrado, cadena de lo inconciente. “Lo que permite interrogar el intervalo es la cadena de la represión” (Soler, 2016, p. 37). Soler dice, además, que si bien se formalizó el lenguaje con el S1-S2, los elementos son tres, “si contamos con la cadena reprimida” (Soler, 2016, p. 37). Mildiner (s. f.), a propósito de la operación de la

separación, dirá que la separación debe referirse a la separación de la cadena significativa.

Según Soler “el sujeto holofraseado [...] repercute los enunciados del Otro tal cual, [...] es hiperdócil [...] frente a las significaciones del Otro [...], [...] forcluye la “X” del sentido del deseo” (Soler, 2016, pp. 37-38). Finalmente, Soler reconoce en las personalidades *como si* y en algunas psicosis una hipernormalidad debida a que “por el mecanismo holofrásico” estos sujetos “están totalmente en las normas del discurso” (Soler, 2016, p. 38)

Se terminará diciendo que la adhesión normativa puede observarse particularmente en algunos momentos del diálogo, donde el sujeto accede con mucha dificultad a separarse de esta posición: hay un momento en particular en el que el paciente dice que acaba de cortarse el pelo como quería su madre. La psicóloga le pregunta cómo lo quería él. Él dice que no lo sabe, porque estaba apurado aquel día, no tuvo tiempo de pensarlo, entonces se lo había dejado cortar como le gustaba a ella. La psicóloga vuelve a preguntar cómo sería el corte si lo hubiera podido elegir él y se lo deja describir, cuando, finalmente, el sujeto accede.

Resumiendo, se intentó fundamentar que la frase “son tres” de nuestro sujeto responde a una discreta ruptura de la cadena significativa, mostrando el significativo como no operante. Se pierde la dimensión del rasgo unario operando en cuanto representante del sujeto frente a todo otro significativo. Eso remite al sujeto holofraseado, y no dividido, cuando se forcluye la x del deseo del Otro.

Conclusiones

El recorrido de este estudio, no encontrando sistematizaciones de signos para la infancia, ha presentado una recolección de fragmento clínicos, en la literatura psicoanalítica lacaniana disponible en Argentina, donde se vieran avalados, para la infancia, los signos de Miller y Maleval relativos a la psicosis ordinaria. Se ha podido confirmar así la hipótesis que tales signos pueden, de forma general, hallarse en la segunda infancia; si bien algunos ameritarían unas distinciones, debido a la diferencia que presentan las distintas etapas del desarrollo humano. A tal propósito, hay que mencionar, también, que no se ha encontrado ninguna referencia con respecto a la primera infancia.

Con respecto a la segunda infancia, se pudo hacer acopio de una serie de menciones, en la literatura, a esta etapa particular; menciones que sostienen, o rastrean, la presencia de los signos de psicosis ordinaria en la infancia. Sin embargo, la escasez de casuística que reuniera las condiciones establecidas, confirma la segunda hipótesis, hipótesis de necesidad de mayores aportes, ya que sólo se hallaron dos ejemplos, de los signos de Miller y Maleval, recolectados por profesionales que tuvieran en tratamiento a un sujeto en la niñez.

Para finalizar, se propuso la lectura, en una viñeta clínica original, de los signos formulados por Miller y Maleval.

Se espera, concluyendo, que el constructo de la psicosis ordinaria siga interrogando la clínica y produciendo literatura y casuística, también en la etapa de la infancia.

Referencias

- Bassols, M. (2018). *Las psicosis ordinarias y las otras, bajo transferencia [Ponencia]*. XI Congreso de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, Barcelona, España. <https://congresoamp2018.com/textos/psicosis-ordenadas-transferencia/>
- Beltran, M. (2018). *Signos discretos de la psicosis en la infancia [Ponencia]*. X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, XXV Jornadas de Investigación, XIV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina. <https://www.aacademica.org/000-122/380>
- Enríquez-Sánchez, H., y Ochoa-Madrigal, M. G. (2019). Espectro de la esquizofrenia en niños y adolescentes. *Revista de la Facultad de Medicina (México)*, 62(4), 9-23. <https://doi.org/10.22201/fm.24484865e.2019.62.4.02>
- Freud, S. (2013). *Tres ensayos de teoría sexual. En Obras completas: Sigmund Freud (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. 7, pp. 109-224). Amorrortu Editores. (Obra original publicada en 1905).*
- Garijo, J., y Monfort-Escrig, C. (2020). Cognition in schizophrenia. State of the art (I): assessment methods and neural correlates. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 40(137), 109-130. <https://dx.doi.org/10.4321/s0211-57352020000100007>
- Goldenberg, M. (2019). *Lo real y la declinación de los semblantes*. Grama Ediciones.
- Lacan, J. (2020). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En *Escritos 1* (T. Segovia y A. Suárez, Trads., pp. 99-105). Siglo Veintiuno Editores. (Obra original publicada en 1949).
- Lacan, J. (2021a). *El Seminario de Jacques Lacan, Libro 1: Los escritos técnicos de Freud (1953-1954)* (J. Albert, Trad.). Paidós. (Obra original publicada en 1981).
- Lacan, J. (2021b). *El Seminario de Jacques Lacan, Libro 3: Las psicosis (1955-1956)* (J.-A. Miller, Ed., E. Berenguer, Trad.). Paidós. (Obra original publicada en 1981).
- Lacan, J. (2021c). *El Seminario de Jacques Lacan, Libro 6: El deseo y su interpretación (1958-1959)* (M. Lopardo, Trad.). Paidós. (Obra original publicada en 2013).
- Lacan, J. (2021d). *El Seminario de Jacques Lacan, Libro 10: La angustia (1962-1963)* (E. Berenguer, Trad.). Paidós. (Obra original publicada en 2004).

- Lacan, J. (2022b). *El Seminario de Jacques Lacan, Libro 5: Las formaciones del inconsciente (1957-1958)* (E. Berenguer, Trad.). Paidós. (Obra original publicada en 1999).
- Lacan, J. (2022c). *El Seminario de Jacques Lacan, Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (1964) (F. Monribot, Trad.). Paidós. (Obra original publicada en 1973).
- Lacan, J. (2024a). *El Seminario de Jacques Lacan, Libro 17: El reverso del psicoanálisis* (1969-1970) (G. García, Trad.). Paidós. (Obra original publicada en 1992).
- Lacan, J. (2024b). *El Seminario de Jacques Lacan, Libro 23: El sinthome* (1975-1976) (N. Soria, Trad.). Paidós. (Obra original publicada en 2005).
- Laurent, E. (2007). La psicosis ordinaria. *Virtualia, revista digital de la EOL*, (16).
<https://www.revistavirtualia.com/articulos/501/formas-contemporaneas-de-la-psicosis/la-psicosis-ordinaria>
- Maleval, J.-C. (2020). *Coordenadas para la psicosis ordinaria*. Grama Ediciones. (Obra original publicada en 2019).
- Mazzuca, R. (2013). Psicopatología y ética. En F. Schejtman (Ed.), *Psicopatología: clínica y ética. De la psiquiatría al psicoanálisis* (pp. 67-94). Grama Ediciones.
- Mildiner, B. (s. f.). Alienación y separación: funciones lógicas. En *Cuadernillo N° 1* [Ficha de cátedra]. Cátedra Las Formaciones del Síntoma, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.
- Miller, J.-A. (2000). *El lenguaje, aparato del goce*. Colección Diva.
- Miller, J.-A. (2006). *Introducción al método psicoanalítico*. Paidós.
- Miller, J.-A. (2015a). Efecto retorno sobre la psicosis ordinaria. *Consecuencias, revista digital de psicoanálisis, arte y pensamiento*, (15).
<http://www.revconsecuencias.com.ar/ediciones/015/template.php?file=arts/Alcan ces/Efecto-retorno-sobre-la-psicosis-ordinaria.html>
- Miller, J.-A. (2015b). Interpretar al niño. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, (18), 35-41.
- Miller, J.-A., (2003a). *Los inclasificables de la clínica psicoanalítica*. Paidós. (Obra original publicada en 1999).
- Miller, J.-A., (2003b). *La psicosis ordinaria*. Paidós. (Obra original publicada en 1999).

National Institute of Mental Health. (2024). *La esquizofrenia*. Departamento de Salud y Servicios Humanos de los EE. UU.
<https://www.nimh.nih.gov/health/publications/espanol/laesquizofrenia>

Soler, C. (2016). *Las lecciones de las psicosis*. Letra Viva.

Soria, N. (2020a). *Confinos de la psicosis, teoría y práctica*. Ediciones del Bucle.

Soria, N. (2020b). *¿Ni neurosis ni psicosis?* Ediciones del Bucle.

Tendlarz, S. E. (2009). *Psicosis, lo clásico y lo nuevo*. Grama Ediciones.